



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 32. — Madrid 15 de Noviembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS		
Seis meses.....	30 rs.	
Un año.....	60 »	
CUBA Y PUERTO-RICO		
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.	
Un año.....	4 »	

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Pepito. — *Crónica universal*. — *Carta de Roma*, por J. M. — *Los Grabados*. — *Arbitraje y mediación papal en la cuestión de las Carolinas*. — *La noche y sus consecuencias*. — *El hierro*, por R. Sauri y Mas. — *El Voto Nacional al Sagrado Corazón de Jesús*. — *Patriotismo y abnegación*, por Esteban Marcel (continuación). — *Conocimientos útiles*. — *Leyenda*.
GRABADOS. — *La villa Pia en los jardines del Vaticano*. — *Altar mayor de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona*. — *Explosión de Hood-Rock en el puerto de Nueva York*.

LA DECENA

Los mal avenidos con los decretos misteriosos de la Providencia, anduvieron en tiempos pasados (y aun presumo que andan también en los presentes) tras del

famoso elixir de la inmortalidad: y efectivamente, ni dieron con él, ni lograron siquiera corregir a la naturaleza humana de los infinitos alifafes que la perturban y desconciertan, antes de rendirse a la ineludible ley de *morirás de muerte*, formulada por Dios en el Paraíso.

¡Es preciso morir! No hay que darle vueltas a la retorta, ni atormentar a la química con vanos experimentos para escapar de esa terrible ratonera en que nuestros primeros padres nos metieron. Lo mismo da ser Grande de España que pequeño de Francia; lo mismo general que ranchero, rico que pobre. En sonando la hora, las puertas del tiempo se se cierran, y ábrese de par en par las de la eternidad.

El opulento marqués de la Torrecilla, y el célebre vicealmirante D. Juan Bautista Topete, han dado en estos últimos días ese forzoso tributo al Soberano

Autor de lo criado. Un accidente, bien imprevisto por cierto, ha causado la muerte de aquél; una larga enfermedad la de éste. Ambos, sin embargo, han tenido el consuelo de recibir los auxilios de la Religión, dando con esto provechoso ejemplo a esta sociedad que pretende romper los lazos que la unen a su Dios, secularizándolo todo, hasta el último suspiro del moribundo.

Desgraciadamente hay mucha necesidad de estos grandes ejemplos, porque abunda el número de los individuos insignificantes que, después de vivir en absoluta ignorancia de las cosas de la otra vida, salen de ésta poco más ó menos como las reses del matadero.

Negociantes, mercaderes, artistas y artesanos que no tienen tiempo sino para pensar en el libro de caja ó en los placeres que se pueden comprar con un billete de veinte duros, son diariamente sorpren-



LA VILLA PIA EN LOS JARDINES DEL VATICANO.

didos por un airecito colado, y se encuentran á la parte de allá de la tumba sin los papeles en regla. Fruto suele ser esto de las malas lecturas; pero en ocasiones, procede de ingénita estupidez.

De lo primero, darán estrecha cuenta los pérfidos autores de esas obras impías é inmorales de que hacen clínica ostentación los escaparates de muchas librerías. En cuanto á lo segundo... ¡confiemos en que Dios ha de ser grandemente misericordioso con los estúpidos!

Verdad es que, si los había de salvar á todos, el número de los bienaventurados excedería con mucho al de los réprobos, porque la Escritura dice que es infinito el número de los tontos.

Ya que la ciencia no ha descubierto el elixir de la inmortalidad, ¿por qué no ha conseguido al menos que los *Blases* se libren de toda especie de enfermedades cuando tienen que hacer revistas de la decena?

Lo digo porque así no tendrían los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA el disgusto que les estoy proporcionando con estas fementidas líneas, que en sustitución de la agudísima y elegante prosa de *Blas* traza mi pecadora mano.

Fuera de que *Blas* goza de una inmensa ventaja sobre todos los demás mortales. Diga él lo que quiera, ya se sabe, el lector baja humildemente la cabeza murmurando: — Díjolo *Blas*... punto redondo.

Y cuando no lo dice *Blas*, como sucede en este caso, ya verá usted con qué tranquilidad, en vez de hacer punto redondo, se entretiene el lector en ponerme los puntos sobre las *tes*.

Fortuna que á mí no me importa nada, porque si yo doy en escribir todo con *y* griega, ¿dónde me pondrán los puntos? Como no sea en los calcetines...

A este propósito, voy á contar un cuento que seguramente no conocerán muchos de mis lectores.

Examinábase de ortografía un muchacho tan despierto como bromista, y cuyo profesor tenía en su capacidad completa confianza.

— Vamos á ver — le dijo éste al examinando después de hacerle algunas preguntas teóricas. — ¿Cómo escribiría usted albaricoque? ¿Con *h* ó sin ella?

— Con *h* — contestó resueltamente el muchacho.

Quedóse el profesor hecho una pieza al oírle semejante desatino; pero viendo la imperturbabilidad del estudiantuelo, hubo de decirle, no sin cierta desazón:

— Bueno... y ¿dónde colocaría usted la *h*?

— En el *hueso* — replicó el estudiante.

Si he de decir la verdad, yo no sé á punto fijo lo que ha pasado esta decena.

Ello no ha debido ser gran cosa, porque yo voy á todas partes, como el cólera, y no recuerdo que me haya llamado la atención nada notable.

¿A todas partes...? Miento. No he podido ir aún al teatro de la Princesa, á pesar de mi bonísima voluntad.

Una tarde, paseando por la Castellana, me dijeron: — Allí está; — y señalaban una especie de montera que se veía cerca de los tejados de una de las casas construídas en el solar donde estuvo el antiguo circo de Price.

Algunos días después de inaugurarse, hice propósito de dirigirme allá desde el café de Platerías, y montado en el apacible caballo de San Francisco, atravesé la Puerta del Sol, tomé calle de Alcalá abajo, doblé la esquina de la del Barquillo, y ya con la lengua fuera, como los perros en Agosto, me encontré en la embocadura de la calle del Saúco, sin saber por dónde diantre tirar para dar con la del buen Marqués de la Ensenada. Confieso mi torpeza: aunque estuve revoloteando como *leve mariposa* por aquellas encrucijadas, no pude encontrar la dichosa calle... y me volví, echando los hígados, á la esquina del café Suizo, pensando en que hubiera sido mucho más cómodo construir un teatro en las Ventas del Espíritu Santo, porque al menos son conocidas de todo el mundo.

Gracias que por los periódicos he tenido noticia del estreno de una comedia de D. Enrique Gaspar, titulada *Lola*, y, ó los periódicos mienten, ó la comedia podía haberse llamado, con más razón, *Lila*.

No gustó á los señores, según parece, á pesar de lo cual el Sr. Mario ha tenido á bien propinársela durante seis noches á los abonados.

Lo que dice el refrán: al que no quiere caldo la taza llena.

La *Comedia*, el teatro predilecto del público en años anteriores, languidece ahora hasta el punto de

que se habla de su clausura como de un suceso lógico y natural.

Dividido en secciones, y entregado á los horrores de una compañía de tercer orden, ese pobre teatro está pidiendo á gritos otras manos más hábiles que le devuelvan su pasado esplendor.

En cambio, el gran caserón de la plaza de la Cebada está dirigido por el veterano é insigne Valero, que lucha á brazo partido con sus muchos años para representar su variadísimo repertorio, consiguiendo á veces hasta arrojar de sus robustos hombros la pesadumbre de su edad.

En el Español se preparaba el acontecimiento de todos los años, esto es, el estreno del primer drama de Echegaray; pero la enfermedad gravísima del Sr. Vico, ha retrasado el importante suceso, para el cual ya se habían despachado no pocas localidades á precio extraordinario.

Apolo es el que hasta ahora parece que marcha con mejor fortuna. Su excelente cuadro de compañía ha estrenado con éxito una de esas obras de Sardou, *Andrea*, en que lo falso y lo descocado están tejidos hábilmente para interesar ó distraer al público, sirviendo además de procedimiento para demostrar una verdad moral. Pero calculen ustedes cómo se demostrará una verdad moral mediante falsedades y desenvolturas escénicas.

En *Andrea* se trata de enseñar á los maridos que no deben salir del rincón de su casa, donde una mujer buena y bonita puede hacerlos felices, para ir en pos de aventuras galantes con esas sílfides de bastidores que casi siempre se burlan de sus adeptos, además de explotarlos.

La idea de la obra es evidentemente honrada y laudable. Pero ¿qué procedimientos usa el autor para desenvolver la tesis?

¡Qué bailarina tan ligera de ropa y de lengua en el acto segundo! ¡Qué baronesa tan campechana en el despacho del director de policía, del acto tercero! ¡Qué personajes de segunda fila! ¡Qué atmósfera, en fin, de corrupción y de mal gusto se respira en toda la obra, hasta en el final, que quiere ser tierno y es indecoroso!

El incuestionable talento de Sardou ha salvado no pocos escollos, salpimentando con chistosas ocurrencias casi todas las escenas de la comedia. La ejecución en el teatro de Apolo ha sido esmeradísima; pero, así y todo, ni la comedia ni el género á que pertenece son dignos del aplauso del público español, que tiene en su teatro nacional joyas infinitamente más valiosas, dramáticas y cómicas, que cuanto pueda producir el ingenio francés, sometido de ordinario al influjo del industrialismo.

Por desgracia, parece que el género predomina y se impone. El Sr. Mario, que el año pasado nos propinó la tontería de *El Amigo Fritz* y la *Fernanda* de Sardou, como el anterior nos había hecho tragar el repugnante *Demi-Monde*, se dispone también á ofrecer *Dora* á la admiración de los concurrentes á la *Princesa*.

¡Así se protege el arte nacional y se educa al público en la escuela del buen gusto!

Dícese que los autores españoles suelen ser muy holgazanes. Si es así, nunca hallarán ocasión más propicia que la presente para tumbarse á la bartola.

Con un modesto traductor contratado por cada empresa, como se contrata á un segundo apunte, basta para proveer de obras al teatro.

¿Qué han de hacer los autores españoles? Echarse á ministros, como hicieron Rubí, Ayala y Núñez de Arce.

Hagan todos los demás lo mismo, y dejen á los empresarios que se las entiendan con los franceses.

No he dicho nada del teatro Real, y las amables lectoras de LA ILUSTRACIÓN no me perdonarán quizá que terminase estas líneas sin decirles algo del primer templo musical de España.

Pues, en efecto, tengo que decirles una cosa: que no he puesto los pies en ese teatro, y que no pienso abonarme tampoco á las audiciones musicales por teléfono.

Del *Roberto y Lohengrin* se hacen elogios; pero yo no me fío de los elogios de nadie, ni respondo de la opinión de los demás.

Fuera de que con un tenor de *estafío*, con un bajo *silvestre* y con unas tiplees cuyos nombres no los puede pronunciar de corrido ningún cristiano, parece imposible que se cante bien una ópera.

Si las cantan, ¡milagro es! Pero buen dinero se ganan.

PEPITO.

CRÓNICA UNIVERSAL



o adelanta la cuestión de Oriente un paso. Como si todas las potencias interesadas en ese asunto temiesen poner mano en él por la seguridad que tienen de que produciría un estallido formidable en todas partes, no hay hasta ahora ninguna de ellas que resueltamente se atreva á decir lo que quiere.

Deshacer lo hecho en Rumelia por el príncipe de Bulgaria, no es posible; permitirle que redondee su anexión, peligrosísimo; dejar que los demás Estados, como Grecia y Servia, arrimen también el ascua á su sardina con las armas en la mano, grave hasta más no poder. ¿Qué determinación, pues, han de tomar las potencias que, satisfaciendo á todos, evite la conflagración general? Imposible es adivinarlo. Por eso las noticias que se reciben sobre este punto son tan confusas y contradictorias, que no hay quien sea capaz de formar juicio seguro sobre la marcha de los sucesos en Oriente.

Un día parece que la guerra general está á punto de estallar; otro día todo toma un carácter pacífico, tranquilo y conciliador, como si las grandes potencias y el Sultán y el príncipe de Bulgaria fuesen los mayores amigos del mundo. Pero hay una cosa evidente, y es que la larga agonía del Imperio turco se ha precipitado mucho en estos últimos tiempos, y que Grecia se quedará con Macedonia tarde ó temprano, y Servia obtendrá también permiso para ensanchar su territorio, y de resultas, antes de concluir el siglo probablemente, se habrá cantado Misa en Santa Sofía, como anunció el Conde de Maistre, bajo el imperio de no sabemos qué potencia cristiana.

Claro es que en eso estriba la dificultad de la cuestión, y de ahí el miedo que invade á todas las cancillerías en cuanto se revuelven un poco los asuntos de Oriente. Pero Bismarck acaba de enseñar el camino de muchas soluciones, apelando á la mediación del Papa en el conflicto de las Carolinas. Cuando el Imperio turco desapareciese, y Rusia, Inglaterra y Austria, con Grecia y todos los principados danubianos tratasen de resolver á cañonazos sus diferencias, ¿por qué no apelar al Romano Pontífice para que en su alta sabiduría y en su severa imparcialidad determinase la forma en que había de constituirse el nuevo Estado bizantino y las ventajas que racionalmente debía obtener cada uno de sus principados? ¿Quién mejor que el Papa para decidir lo que debía hacerse en esta complejísima cuestión, sin empuñar las armas, que al fin y á la postre darían la razón al más fuerte y no al más justo?

A la católica Austria le correspondería, si el caso llegara, tomar la iniciativa en esa proposición, y lícito es creer que las demás potencias no la rechazarían. La conducta reciente de Bismarck autorizaría semejante paso, contra el cual nadie podría levantarse sin que se le creyese movido de grosera y no disimulada ambición.

El Gobierno francés ha sufrido la primera derrota en la Cámara con la elección del Sr. Blanc para la vicepresidencia del Congreso. El Gobierno presentaba al Sr. Spuller, oportunista; pero los radicales y los monárquicos se unieron para votar al Sr. Blanc, y el oportunista fué derrotado. Esto viene á probar que dada la Constitución de la Cámara y la presencia de 200 monárquicos en ella, todo Gobierno republicano va á ser imposible. Háblase ya de la próxima dimisión del Ministerio; pero ¿quién le va á sustituir? ¿Un Ministerio radical de Clemenceau, Blanc y compañía? El oportunismo, despechado, se aliaría también con los monárquicos, y el Ministerio caería apenas constituido.

De donde se infiere que la situación de Francia es tan grave, que lo mismo puede amanecer una mañana de estas en brazos de la anarquía y la *Commune*, que bajo el mando del Conde de París.

El accidente ocurrido á Mr. Grévy en el puente de los Inválidos, no fué una simple caída, como se dijo al principio; fué un ligero ataque apoplético que le privó del conocimiento.

Esto asegura *Le Matin* de París contra cualesquiera otras afirmaciones de la prensa oficiosa.

Las pretensiones de Inglaterra de apoderarse de Birmania, van á encender una nueva lucha en el extremo Oriente.

He aquí lo que á este propósito dice una carta de Berlín:

«La guerra de Inglaterra con Birmania parece ser inevitable. En los círculos políticos ingleses, al menos, se asegura que la contestación que ha dado el rey Thibo al *ultimatum* de Inglaterra es por demás altanera y arrogante, y según las declaraciones del Gobierno de la India, puede considerarse aquí-

lla como un *casus belli*. Las tropas reunidas en la frontera están al efecto preparadas, y al primer aviso se pondrán en marcha. No hay que pensar en una resistencia seria por parte del rey Thibo, pues todo su ejército se compone en su mayoría de la peor gente del país, y no asciende á más de 15.000 hombres.

» Solamente en la capital, Mandalay, se hallan tropas regulares.

» Aquí podría tal vez oponerse seria resistencia. En lo que toca al rey Thibo, se le conceptúa como hombre instruido, es decir, en las doctrinas del budismo, y á la vez como bárbaro y cruel. Lleno de celos contra sus parientes, los maltrata y conjura. A los ingleses los profesa un odio implacable, que data de la infortunada guerra del Zululand. »

Esto es lo que menos importa á los ingleses. Con el odio de sus enemigos, ellos han hecho siempre lo que les ha convenido, porque saben que contra el poder del odio universal que ellos inspiran está el poder del oro, que no tiene rival de tejas abajo.

Los periódicos ingleses publican una circular que los Arzobispos de Cantorbery y de Yorck han dirigido á los fieles de la Iglesia anglicana con motivo de las elecciones generales.

Después de insistir en ella sobre la importancia de la lucha y sobre la responsabilidad que incumbe á cada elector, por las consecuencias que resultan para los intereses y prosperidad del país, los Arzobispos exhortan á los fieles á que manifiesten francamente sus opiniones, sin dejarse intimidar, y á que hagan ellos mismos la designación de candidatos después de madura reflexión y de consultar el estado de otras naciones, para poder apreciar sanamente el valor de las grandes cuestiones religiosas, sociales y políticas que necesitan resolución.

Los dos Prelados añaden que se abstienen de hablar sobre las cuestiones que son objeto de controversia entre los dos partidos que se disputan en Inglaterra la gobernación del Estado.

Al mismo tiempo, el Episcopado católico del mismo país ha dirigido á los fieles una Carta-Pastoral colectiva que ha despertado grandísimo interés en toda Europa.

La Pastoral está encaminada en primer término á tratar la cuestión de enseñanza.

Dicen los Obispos de Inglaterra que el régimen escolar existente en aquel reino es inaceptable para los católicos, y que éstos deben protestar constantemente contra las escuelas neutras y contra la injusta preferencia que se concede á las escuelas oficiales sobre las escuelas libres.

Los Obispos ingleses piden una legislación que asegure la libertad de conciencia, permitiendo á los padres pobres enviar á sus hijos á las escuelas de su predilección.

Son quince los Prelados que suscriben la Pastoral, y la Pastoral termina así: « Considerando el » vínculo íntimo é inseparable que existe entre la » educación y la Religión; considerando el poder » que se le atribuye en la educación del pueblo, los » Obispos no pueden tener ninguna confianza en » un candidato á la Diputación que no se obligue á » hacer cuanto pueda y sepa para proteger la li- » bertad de conciencia y para hacer desaparecer » las diferencias que hoy existen en perjuicio de los » intereses religiosos, favoreciendo la multiplicación » de las escuelas cristianas libres, como lo exige el » aumento de la población en las varias provincias » de este reino. »

Debe hacerse notar que los Arzobispos anglicanos de Cantorbery y de York coinciden en muchas de sus reivindicaciones con las del Episcopado católico.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Noviembre de 1885.



CONTRARIAMENTE á lo que venían indicando personas autorizadísimas, cuya opinión reflejaba mi última carta, la cuestión de las Carolinas sigue todavía sobre el tapete, ni puede fijarse el día en que ha de darse por ultimado ese gravísimo negocio. Corresponde sin embargo á mi deber de corresponsal procurar que la verdad quede siempre en su lugar, y con respecto al conflicto hispano-alemán no he de permitir se confirmen ciertos rumores muy intencionados que se han propagado en estos días, con el fin de hacer creer que Alemania ha desbaratado por completo el plan del arreglo propuesto por Su Santidad. En efecto, aunque sea mucha la reserva que se guarda en el Vaticano sobre el particular, no va-

cilo en asegurar que no tiene fundamento lo de las contraposiciones que, según los periódicos y telegramas aludidos, habría de haber presentado el canciller alemán rechazando, á lo menos implícitamente, las bases de arreglo indicadas por Su Santidad; muy lejos de esto, el príncipe de Bismarck, en nombre del emperador Guillermo, se apresuró á dar las gracias al Sumo Pontífice por el interés con que viene estudiando la cuestión sometida á su fallo, y por la solicitud que ha mostrado en pasar á consulta de los Gobiernos interesados algunas bases de arreglo: respecto á éstas, desmienten los bien enterados, y parece harto verosímil, pues de Alemania salió la proposición del arbitraje pontificio, que « Bismarck ya no quiera tampoco fundar en ellas las ulteriores negociaciones, » como lo vienen pregonando los liberales de aquí; únicamente parece tener visos de verdad la suposición de que el Gobierno alemán, antes de declarar su conformidad con las propuestas del Papa, haya solicitado de la bondad de éste tenga á bien examinar otros documentos que se le facilitarían cuanto antes: naturalmente el Padre Santo no había de rechazar tal pretensión, para probar una vez más el espíritu de imparcialidad que le anima en el ejercicio de su honroso cargo; lo que, en mi concepto, explica bastante la dilación que sufre el asunto, y el hecho de no haberse confirmado los anuncios, aunque fundadísimos, de los corresponsales. Pero, ¿qué documentos serán los que va á presentar á última hora el Gobierno alemán? Me parece que mal pueden contestar á esto los órganos oficiosos del canciller de Berlín, por cuyo medio se sabe que las esperanzas de Bismarck ahora estriban todas en la relación de la ocupación de Yap, que hizo el comandante de la cañonera alemana el *Illis*, y en unas cuantas citas de descubrimientos que, al parecer, no hicieron los españoles. Mientras Su Santidad examine estos documentos, nada hemos de decir nosotros; pero se me antoja que Alemania llama la atención del Papa sobre ellos, únicamente para aparentar que no le faltaban razones para aconsejarle la conducta que ha tenido en el archipiélago carolino, aunque, una vez puesto en claro lo que llama su leal proceder, no ha de negar la preponderancia de los títulos que tiene España á la soberanía de las Carolinas.

Entretanto otro argumento de suma importancia ha venido á ocupar la atención pública, y es la nueva Encíclica de Su Santidad. Hace tiempo se venía hablando del propósito que abrigaba León XIII de tratar á fondo la cuestión candente del liberalismo para deslindar los campos y quitar todo pretexto á la renovación de las polémicas que con harta frecuencia hubo de deplorar en estos últimos años entre los católicos de varias naciones. Sin embargo, la Encíclica, que hoy mismo se entrega á la publicidad, sube más alto, abraza un campo más ancho, y se fija en consideraciones más elevadas de las que no bien enterados periodistas indicaban ser el objeto exclusivo en que iba á ocuparse el anunciado documento pontificio. Trata éste, en efecto, de la constitución cristiana de los Estados, según indica su mismo título: *De civitatum constitutione christiana*: después de resumidos y ensalzados los indiscutibles principios de la Religión cristiana sobre la materia, poniendo otra vez de relieve la singular eficacia y virtud que tienen tales principios para asegurar á Gobiernos y pueblos la dicha que aquí se puede alcanzar, Su Santidad lamenta en la segunda parte de la Encíclica el hecho de que las modernas sociedades hayan venido poco á poco alejándose del culto práctico de los elogiados principios, y en tal desdichado alejamiento señala con dolorido acento la causa principalísima de las calamidades sin número que hoy aquejan á los pueblos: rechazados los santos y provechosos principios de la Religión cristiana, ha cundido desgraciadamente por todas partes el conjunto de otros principios, cuyas lógicas consecuencias no pueden dejar sin cuidado á quien se preocupa del verdadero bien de la sociedad. Pero, ¿cómo llevar el oportuno remedio á tan desdichada situación, puesto que ya es un hecho, y en ella viven los católicos? Su Santidad dice en la última parte de su Encíclica lo que á este fin deben hacer los católicos. No cabe duda de que esta última parte es la más práctica y la que ha de llamar más la atención, pero nada nuevo dice al consignar que las varias formas de gobierno son de suyo indiferentes, pudiendo todas ser buenas y todas muy malas según apliquen ó no los principios que la Encíclica recuerda en su primera parte, pues la esencia del liberalismo la constituye el conjunto de los principios liberales y no la forma de gobierno. En conformidad con esta vieja doctrina se comprende que, en donde las condiciones locales no aconsejen otra cosa, útil y provechoso sería que los católicos no se dieran por satisfechos con deplorar, desde el retiro de su gabinete, los males de su patria y de la

sociedad en general. Excuso añadir más pormenores, porque espero tener un ejemplar de la versión castellana del referido documento y enviarle á esa; además, los inevitables comentarios de la prensa me obligarán á ocuparme en él quizá no pocas veces. Hoy termino con una buena noticia, y es el favor que por fin parece encontrar en nuestra España el pensamiento de enviar á los jóvenes eclesiásticos más aprovechados de cada diócesis á cursar su carrera en Roma: hace años dió el ejemplo, muy elogiado por el Padre Santo, el Obispo que fué de Santander; recientemente el Emmo. Sr. Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza, ha enviado aquí con el indicado fin á dos alumnos de su Seminario, y sé también de otros dos sacerdotes españoles que acaban de pedir y obtener su admisión en la Pontificia Academia de los nobles eclesiásticos; Dios quiera sean ellos la semilla de un Seminario español en Roma, pues no deja de extrañar su falta quien sepa que todas las demás naciones católicas ya tienen su propio colegio eclesiástico en esta capital del mundo católico.

J. M.

LOS GRABADOS

LA "VILLA PIA," EN LOS JARDINES DEL VATICANO.

Saliendo de la Biblioteca Vaticana por una puerta de la galería del Oeste, se llega á los espléndidos jardines pontificios, donde se ofrece á la vista del observador una de las perspectivas más encantadoras: la ciudad de Roma, con sus colosales ruinas y sus modernos monumentos, y al fondo, en primer término, la cúpula gigantesca de la basílica de San Pedro.

El actual palacio del Vaticano es obra de los Pontífices Romanos, desde Nicolás V (1477-1484), que concibió el proyecto de levantar sobre las ruinas del antiguo edificio la construcción más grandiosa de la cristiandad, hasta Julio II y León X, los dos opulentos Mecenas de los artistas del Renacimiento, y sucesivamente hasta Pío IX, que mandó cerrar con vidrieras las famosas *loggie* de Rafael Sanzio. En aquellos espléndidos jardines existe la *Villa Pia*, que reproducimos en el grabado de la pág. 1.^a: es una construcción originalísima de Pirro Ligorio, uno de los arquitectos italianos más ilustres del siglo XVI, y está enriquecida con frescos de Zuchero, de Santi, de Barrochio y otros artistas; llámase propiamente *Casino del Papa*, y es el sitio de recreo de los Pontífices en la primavera y parte del estío, no solamente desde la ocupación de Roma por las tropas italianas, sino desde que fué construida por orden y á expensas de Pío IV, á mediados del siglo XVI: era el recinto predilecto de Inocencio XI, de Clemente XIV, de León XII, de Gregorio XVI y de Pío IX.

El fundador de la *Villa Pia*, Pío IV (Juan Angel Medichino, de la familia Médicis), fué elegido Papa el 15 de Octubre de 1559, y murió en Roma, en brazos de su sobrino San Carlos Borromeo, el 9 de Diciembre de 1565.

ALTAR MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD
DE BARBATONA
(diócesis de Sigüenza).

Con motivo de la epidemia cólica, se ha retrasado este año la famosa romería de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona, que se ha celebrado el día del Patrocinio de Nuestra Señora en vez del Dulce Nombre, que es la fecha propia de todos los años. Para solemnizar la fiesta del presente, por haberse librado casi todo el país del cólera, la Cofradía ha querido introducir algunas importantes reformas en el santuario, y entre ellas ha querido abrir nuevas estampas con la reproducción exacta del altar mayor, donde se venera la famosísima y venerable imagen de Nuestra Señora. Aunque el retablo no sea de gran gusto artístico, por ser obra del siglo pasado, sin embargo, accedemos gustosos al deseo que nos manifiestan de que se reproduzca en la Revista, por ser un monumento de los más venerandos de la piedad de nuestro país.

El santuario de Barbatona es muy antiguo, si bien la iglesia actual es de este siglo, en el cual, lejos de decaer, ha crecido la devoción de los fieles. La romería ha sido en otra ocasión descrita en estas páginas, porque difícilmente se citará otra donde resplandezca mas puro el carácter exclusivamente religioso.

EXPLOSIÓN DE HOOD-ROCK EN EL PUERTO
DE NUEVA YORK.

El 10 de Octubre ha tenido lugar en Nueva York la explosión más formidable que jamás se ha visto en ningún país y en ninguna época. Se trataba de la inflamación de 130.000 kilos de dinamita con objeto de deshacer una isla de medio kilómetro de larga. Felizmente no ha ocurrido, como se temía, ningún accidente funesto. La isla era un escollo peligroso para la circulación de los buques, y su desaparición, acordada hace diez años, ha sido el resultado de un trabajo gigantesco, de que nos ha parecido conveniente dar una idea.

La isla ó roca de Hood-Rock estaba situada en la ribera del Este, uno de los dos brazos de mar que circuyen la península sobre que está edificado Nueva York. Colocado en

medio del canal, este escollo era tanto más peligroso para la navegación, cuanto que estaba casi sumergido en el mar, y que la corriente era violentísima en esta parte. A causa de varios accidentes que sobrevinieron, se decidió destruirle, y se hizo un pozo para una mina; después todo un sistema de galerías subterráneas entrelazadas, y que terminaban en una cavidad central.

Todas estas galerías fueron acorilladas por minas, en cada una de las cuales se puso un cartucho de dinamita; después se unieron todos estos proyectiles por medio de hilos conductores; y de este modo preparado, bastaba una chispa para hacer volar todo de una vez.

Hemos descrito en breves palabras el método empleado, muy simple en teoría, pero que presentaba en la práctica dificultades casi insuperables. Para dar una ligera idea, diremos que la longitud total de las galerías era de 7 kilómetros, y que se hicieron 13.286 agujeros, cada uno de los cuales tenía 8 centímetros de diámetro por 3 metros de profundidad, y, en fin, que los trabajos han durado diez años y han costado 5.000.000 de pesetas. Se comprenderá fácilmente las precauciones que se habían de tomar para evitar la invasión del agua en las galerías ó una explosión accidental. Para conocerse en este laberinto los ingenieros habían numerado las galerías, y dividido por secciones la inspección de los hilos conductores. Terminados los trabajos subterráneos, se desarmaron los hornos preparados en la superficie para la extracción de los materiales; se comprobó por última vez el estado de los hilos conductores, y después de unirlos unos con otros, una niña de seis años, la hija del general Newton, ingeniero jefe de los trabajos, puso fuego á la pólvora apoyando el dedo en un aparato eléctrico. Nuestro grabado representa el imponente espectáculo que presentaban estas masas volando por los aires en una extensión de 500 metros. El escollo, tan temido por los navegantes, no existía ya. Hoy no queda más que dragar el sitio para hacer desaparecer los últimos restos.

ARBITRAJE Y MEDIACIÓN PAPAL

EN LA CUESTIÓN DE LAS CAROLINAS



Un notable periódico italiano titulado *La Rassegna Italiana*, ha publicado un notable trabajo acerca de la cuestión palpitante llamada de las Carolinas, ó por mejor decir, sobre el arbitraje y mediación del Papa en ella, del cual no queremos privar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, aunque sea en extracto, para que saboreen, como nosotros hemos saboreado, las profundas y atinadas observaciones que contiene.

He aquí dicho trabajo en extracto.

Súbitamente ha venido á conmover al mundo un importantísimo suceso.

Hace aún pocos días que dos potencias é ilustradas naciones, Alemania y España, amenazaban con venirse á las manos para resolver una grave contienda internacional, á saber, la de la soberanía de las islas Carolinas. Fuertemente excitados los ánimos y herida la sensibilibilísima fibra del sentimiento nacional, todo hacía temer una sangrienta guerra, cuyas consecuencias era muy difícil prever. No faltaban los pronósticos acerca de ella. Los unos predecían que media Europa iba á verse envuelta en la lucha que se prejugaba larga y temible; los otros pronosticaban que estaba á punto de estallar en España una revolución, y no faltaba quien, dejándose llevar de sus rancias esperanzas y tomándolas como hechos reales, predecía ya y entonaba himnos á la caída de aquel rey Alfonso, á quien el viejo Thiers calificaba como uno de los soberanos más sensatos de Europa.

También había quien predecía que Francia y Alemania iban á andar de nuevo á la greña; quién, por último, sentenciaba que la suma previsión política del príncipe de Bismarck había hecho fiasco en esta ocasión, y que comprometía á su país en un peligroso conflicto, cuyo último término hubiera sido el mayor crecimiento de las tendencias socialistas. La situación, por tanto, presentábase tenebrosa y amenazadora, justificando de esta manera la universal ansiedad. Pero inesperadamente y cuando menos se esperaba, se divulga con rapidez la voz de un amistoso acomodamiento por medio de un arbitraje y de una mediación.

¿Pero quién es el árbitro, quién el mediador? Una sola persona, el Papa.

Cuando por primera vez se habló de esta mediación confiada á León XIII, los más no dieron crédito á ella; cuando más tarde después fué confirmada definitivamente esta noticia, la sorpresa y la maravilla fueron tan grandes como grande había sido al principio la incredulidad. Y esto se comprende fácilmente. ¿No oíamos acaso repetirse de la mañana á la noche que el Pontificado estaba muerto y sepultado, ó que, por lo menos, si no lo estaba se encontraba en la agonía? Y su institución, ¿no oíamos acaso definirla como anticuada y eminentemente anticivilizadora, opuesta poderosamente al espíritu secular del siglo? ¿Y no veíamos á los hombres adictos á ellas en-

tregados diariamente á la befa y á la nulidad más completa?

Pues bien; júzguese ahora si debía ó no sorprender el ver á dos naciones eminentemente civilizadas dirigirse en pleno siglo XIX á este moribundo, á este enemigo de toda civilización, á este espectro del siglo pasado, y someter á sus solas manos la solución de su espinosa diferencia! Y que España procediese de esta manera puede muy bien, hasta cierto punto, comprenderse. ¿No es acaso su gloriosa historia rica en innumerables hechos obrados en favor del Pontificado? ¿No se ha mostrado ella siempre hija amorosísima de la Iglesia? ¿Y su joven y magnánimo Rey no ha hecho en todos tiempos cuanto ha podido, no ya para proteger el orden religioso, sino para aumentar el influjo de la Religión Católica? Pero lo que lleva la maravilla á su colmo es que se haya dirigido al Papado, y por primera vez la Alemania, es decir, el Estado protestante más potente de nuestros días. ¿Y no era acaso de él de quien ciertas gentes esperaban que el Papado recibiese el último golpe? Y el viejo catolicismo y el *Kulturkampf* ¿no demostraban bien claramente sus esperanzas de que saldría airoso en su empresa? Sin embargo, no ha sucedido así, y han pasado las cosas de tan opuesta manera, que á pesar de aquel poderoso y perspicaz talento del príncipe Canciller, no ha podido desentenderse de las condiciones verdaderamente anormales en que hoy se encuentra el Papa. Antes bien, no ha vacilado en dirigirse á él. Esto, que redundaba en gloria del Papado, no produce menor gloria para el mismo príncipe de Bismarck. En efecto, ¿qué mayor gloria que la de saber sobreponerse á todo rencor, y juzgando las cosas frías y desapasionadamente, rendir el debido homenaje á quien lo merece? ¿Y no denota este proceder un talento verdaderamente superior y extraordinaria perspicacia? El príncipe de Bismarck ha demostrado, aun antes de poseerla, esta seguridad de juicio, esta fuerza superior de inteligencia. A través de la lucha que sostiene con la Iglesia, ha sabido juzgar de la lealtad, de la sinceridad de entendimiento, de la gran virtud, de aquella virtud que combatía, y á la primera ocasión que se le ha presentado no ha tardado en mostrar confianza en esta lealtad y sinceridad. Es ese un homenaje que no sabemos á quién honra más, si al que lo rinde ó al que lo recibe. Indudablemente debemos insistir en esto bastante, no por una vana satisfacción por nuestra parte, sino porque vemos que de esta manera se honra de nobilísima manera al más alto representante de la Religión y de la moral del mundo.

Y véase cómo sabiamente se coaliga todo por una voluntad superior. Al nuevo impulso dado al sentimiento religioso por otro gran Papa, por Pío IX, era preciso que siguiese un trabajo por medio del cual, aquel sentimiento penetrase en las fibras vitales del gran cuerpo social, que se convirtiese, permitaseme la frase, en sal alimenticia de su vida vivificadora, de sus más grandes movimientos. Tenía, pues, necesidad de un Pontífice que hiciese penetrar la sublimidad de aquel sentimiento en pueblos y Gobiernos, y les pusiese de manifiesto, de qué manera sea la política, sea la ciencia, sea la moral, sean los actos todos, desde el mayor hasta el más ínfimo, de la vida social, no sólo no se podía ni debía prescindir de aquel sentimiento, sino que, por el contrario, era preciso que en todos tuviese parte, sin que esto fuese causa de rencillas, sirviendo, por el contrario, para cimentar la unión entre la Iglesia y la sociedad. Y esto, ¿quién no lo comprende? Necesitábase un Papa de inteligencia superior, de un gran tacto político, de suma prudencia, de maduro entendimiento, sereno, imparcial, con mirada de lince y previsor en sumo grado. Este Pontífice nos lo ha dado Dios en León XIII. Así que fué elegido, todos lo recordamos, señalóle la voz pública como un gran Pontífice. El tiempo nos va demostrando á cada instante que la voz pública no se ha engañado en manera alguna. A su gran sentido político, á su extraordinaria moderación rinden homenaje con el mundo entero los más grandes hombres de nuestros días. Y esto parécenos uno de los más bellos é indisputables resultados de la política inaugurada por León XIII, política tal vez no de todos comprendida, porque no todos recuerdan que la Iglesia encierra en sí una fuerza tal de asimilación para poder vivir en medio de cualquiera sociedad y en cualesquiera tiempos, no haciéndose absorber sino atrayendo, por el contrario, hacia sí dulce y agradablemente aun á aquellos que menos lo desean. «Esto es lo que nunca debe olvidarse sobre este punto, escribía no ha mucho León XIII en una memorable carta dirigida al Cardenal Arzobispo de París, «que en el gobierno general de la Iglesia, excepto los esenciales deberes impuestos á todos los Pontífices por su apostólica misión, está reservado á cada uno el seguir aquella conducta que según los tiempos y las demás circunstancias considere la mejor. El sólo

es juez en la materia, contando para ello, no sólo con especiales luces, sino también con el conocimiento de las condiciones y de las necesidades de todo el catolicismo, á las cuales conviene que se atempere su apostólica providencia. El atiende al bien universal de la Iglesia, al cual está subordinado el bien de los partidos, y todos los demás que se hallan subordinados á este orden deben secundar los actos del regente supremo y contribuir á su objeto. Así como la Iglesia es una y único su Jefe, así también uno solo es el gobierno con el cual todos deben conformarse.¹» Sí, León XIII tiene completa razón. La Iglesia no se inmoviliza, y nunca podría hacerlo, porque de otra manera ya no sería Iglesia; ella, por tanto, camina lentamente, pero siempre con paso seguro, en medio de la tormenta, y Dios, que la guía, le da las luces que le son necesarias, según los tiempos, para conocer á los hombres y las situaciones.

¿Pero hubo algún tiempo jamás en que los Pontífices no ejerciesen el oficio de grandes jueces ó de pacificadores? ¿Y cómo, y cuándo, y por qué empezaron á ejercerlo? Preguntas son estas á las cuales nos apresuramos á contestar pronto y lo más brevemente posible, dejando para época más oportuna el tratar de la presente mediación.

Debe ante todo tenerse presente — y esto nos parece aún más oportuno que lo que diremos después — que las pasadas mediaciones y arbitrajes papales no revestirán casi nunca aquel carácter que informan las presentes gestiones. Y esto se comprende bastante bien, sólo con que uno se traslade á los tiempos en que aquellos arbitrajes y aquellas mediaciones se practicaron.

Entonces el derecho de gentes, este hijo por excelencia del cristianismo, era conocido bastante imperfectamente por los pueblos, y el mismo cristianismo no había podido todavía imprimir un desarrollo tal que se infiltrase en los ánimos y les persuadiese de que no es el hierro el medio más adecuado para resolver las contiendas privadas, como tampoco las públicas. Entonces poníase la razón en la punta de la espada; el fuerte crefese con derecho para abusar del débil, y los pueblos guiados por aviesas pasiones, se rebelaban contra los Príncipes, y éstos, con bastante frecuencia, los tiranizaban ó derramaba su sangre para sostenerse en las rivalidades que surgían entre príncipes y príncipes. Universal era la tendencia á la guerra, y guerra larga y desastrosa. Desenfrenábanse las pasiones de los pueblos y se hacían más extravagantes las de los soberanos. Se hacía, por tanto, necesaria una autoridad que se impusiese por su naturaleza, así á los unos como á los otros, que sofocase las iras, que amortiguase los celos, convirtiéndolos en amor, obsequio y obediencia. Una autoridad que pusiese freno á las pasiones, que sofocase las extravagantes pretensiones de unos y otros, y que merced á un trabajo constante y progresivo, se consagrara, bien á la conservación de la paz, bien á su restablecimiento. Una autoridad, por último, que revistiese juntamente el carácter de tutor y de juez, igualmente obedecida y temida por pueblos y príncipes.

Este tutor y este juez no podía ser y no fué más que uno sólo, el Padre común de los fieles, el Papa. En la idea del Papa, según observa muy atinadamente el doctísimo Federico Hegel², no se encerraba en sustancia más que esto: deber ser un dulce y pacífico pretor, árbitro según el derecho de la equidad en todas las contiendas inútiles y en las interminables guerras de aquellos tiempos.

En hecho de verdad, un austero censor de cualquiera injusticia, y contra la violencia de los poderosos; pero muy particularmente un vigilante tribuno de todo cuanto favorece á la cristiandad, á cuantos se hallaban oprimidos y ofendidos. Este fué precisamente el Papa, y esto explica por qué aun hoy aquella antigua mediación y arbitraje aparecen revestidos de una sabiduría y una equidad admirables. Los Papas fueron, por tanto, ó jueces ó pacificadores en las controversias tanto públicas como privadas, y empezaron á ejercer esta su nobilísima misión desde los primeros días de la Iglesia, cuando pueblos y príncipes le instituyeron, no ya como el más desinteresado de los preceptores, sino como padre amoroso que no tenía más deseo que el de acudir en auxilio de la trabajada humanidad.

La idea que tenemos de las principales mediaciones y arbitraje papal demostrará mejor al lector la verdad de nuestro aserto³.

(Se continuará.)

¹ Federico de Hegel, *Concordia*, Dispensa VI, p. 390.
² Para evitar inútiles repeticiones se citan aquí las principales fuentes á las cuales ha habido necesidad de recurrir: Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*; Muratori, *Anales de Italia*; Sismondi, *República italiana*; Moroni, *Diccionario eclesiástico*; Sigorini, *Del reino de Italia*; Gregorovius, *Roma y los Papas*; id., *Historia de Italia*; Novati, *Vida del Papa*; Hüter, *Historia de Inocencio III*; Tosti, *Historia de Bonifacio VIII*; Balduino, *Nueva Colección*.

LA NOCHE Y SUS CONSECUENCIAS



La noche es peligrosa para el hombre, y sin notarlo la apreciamos todos un poco, porque nos conduce al descanso. La noche es un cómplice natural y constante para todos los vicios, y esta seductora complacencia hace que en general valgamos todos menos por la noche que durante el día. La luz intimida al vicio, la noche le vuelve todas sus fuerzas, y la virtud es la que tiene miedo; esto es, la noche es la encubridora de todos los conciliábulos de los masones para destruir la felicidad de la humanidad, que es el fin principal de todas las logias; es encubridora la noche de todos los crímenes horrendos que se fraguan en medio de sus tinieblas; es encubridora de la desolación y de la muerte de honrados padres de familia; es la misma muerte disfrazada de todo bien y de todo orden; es el mayor de todos los instrumentos de que se vale el más refinado maquiavelismo. La noche no vale para el hombre más que para cometer las mayores iniquidades, y, sin embargo, y tal vez por eso mismos ¿no somos todos un tanto idólatras de esta condescendiente divinidad? ¿Quién puede vanagloriarse de no haberla invocado jamás para el mal? Desde el saltador de caminos hasta el de los salones, ¿qué hombre no ha dicho alguna vez: *flecte, precor, vultus ad mea furta tuos*? ¿Y qué hombre no ha dicho también alguna vez: *nox conscia novit*?

La sociedad, la familia mejor ordenada es aquella en que se vela menos; y siempre la extremada corrupción de las costumbres se anuncia por el demasiado abuso de esta costumbre. Siendo, pues, la noche por su naturaleza *malé suada*, mala consejera, de ahí viene que las falsas religiones la consagraran muchas veces á ritos culpables, *nota boae secreta deo*. He aquí explicado el por qué desde que se proclamó la civilización moderna la noche suele hacerse día y el día noche entre los nuevos civilizados: he aquí una prueba también de que estamos viviendo en el mundo de los viceversas y obrando contra lo natural, contra lo lógico; en una palabra, contra las leyes eternas y contra la voluntad del Supremo Hacedor, que es el divino arquitecto de esta grande, majestuosa, sublime y maravillosa obra de la Providencia. He aquí explicado por qué el espíritu del ateísmo y del siglo, que es uno mismo, *ha rehusado creer, porque ha temido la luz del bien*.

La corrupción del antiguo paganismo había consagrado la noche á culpables orgías. He aquí por qué hoy presenciamos tantos sacrilegios, tantas injusticias y tantas violaciones, porque los sabios á la moda se han empeñado en resucitar el paganismo que hace que murió diecinueve siglos al pie del Gólgota; y como quieren que prevalezca la doctrina pagana, ésta no da ni puede dar más resultado que la corrupción que desprende un cuerpo gangrenado; creando con ello una atmósfera pútrida, cuyos miasmas producen la asfixia de todo lo bueno, y el contagio de todo lo malo; pero tenemos la fortuna de que, como su padre legítimo y su madre la prostitución, son impotentes todos los esfuerzos que hagan los nuevos paganos para conseguir su depravado fin, como fueron también lo que hicieron sus antecesores; un germen corrompido no puede engendrar más que la gangrena: una naturaleza débil y sin fuerza no da más resultado que el extremo de la raquitis; un principio disolvente no da más fruto que la anarquía con el más feroz de todos los despotismos, que es hoy el que reina triunfante por las doctrinas del antiguo paganismo y panteísmo, puestas en moda por los sabios modernos y por excelencia civilizados.

La noche, no sirviendo de caricatura para ejecutar una iniquidad, da también excelentes consejos: tales son las profundas meditaciones y los sublimes arrobamientos, como nos lo prueba la historia del catolicismo; esto es, la noche aconseja con justicia á toda alma pura, á toda criatura que cree en las cristalinas aguas que regeneran al que preva-

rica: en una palabra, al verdaderamente católico, al que su conciencia no le arguye ningún remordimiento por su mal pensar y obrar: es decir, á los hombres escogidos, cuyas piadosas voces se harán oír en las tinieblas, porque el cántico legítimo no debe cesar nunca jamás sobre la tierra.

El aire de la noche no vale para el hombre material; los animales nos lo enseñan abrigándose para dormir. Nuestras enfermedades nos lo hacen comprender agravándose durante la noche. Es necesario que la noche tenga alguna cosa de malo. De ahí viene la necesidad del sueño, que no puede hacerse durante el día, y que no es menos necesario al espíritu que al cuerpo para que el individuo viva.

EL HIERRO



Aunque el hierro no es el metal más bello ni el más brillante, seguramente es el más precioso para el hombre, pues figura en primer lugar en todas las industrias. El célebre Fourcroy dijo en una ocasión con notable exactitud: es el alma de todas las artes, el origen de casi todos los bienes, y la perfección de su trabajo es en todas partes el término de la inteligencia.

El hierro se emplea en tres estados: en el de hierro dulce, de fundición y de acero. El hierro dulce es hierro casi puro; el fundido ó colado es una combinación del hierro con carbón y silicio; el acero contiene también carbón, pero en menor proporción que el hierro colado.

Sus usos se extienden y se multiplican todos los días. Los caminos se cubren de carriles de hierro, los puentes se lanzan suspendidos por cuerdas de hierro, y muchas veces son también de hierro las pilas sobre que se apoyan; la piedra de los monumentos cede en parte lugar á este metal, que se eleva en esbeltas columnitas ó se recorta en pechinas y en ventanas ojivales para reemplazar los campanarios de nuestras viejas basílicas destruídas por el tiempo; y se emplea ya muchísimo en la construcción naval, de tal modo, que es de esperar que dentro de poco sólo se construirán buques de hierro.

En fin, su utilidad es tan comprendida de todos los pueblos que, cuando los exploradores entran en un país desconocido, un cuchillo, unas tijeras, etc., llaman la atención de sus naturales, y para poseer estos instrumentos ceden sin vacilar sus objetos más preciosos.

No hay ningún metal cuyos compuestos sean tan variados y tan abundantes en el seno de la tierra. Se encuentra frecuentemente combinado con varias sustancias y raras veces en estado de pureza, aun en estas masas caídas de la atmósfera, estos *aerolitos* ó *meteoritos*, en los cuales se le creía en estado puro, está ligado, entre otros metales, con el níquel, el cromo y el cobalto.

Según el naturalista Pallas, algunas tribus de Siberia separaban, con gran trabajo, de los *aerolitos* partículas de metal para hacer cuchillos. Esta práctica fué igualmente encontrada en Laponia. Américo Vespucio cuenta que los naturales de la embocadura de la Plata fabricaban flechas y otros instrumentos con pedazos de hierro procedentes de masas evidentemente caídas del cielo. Probablemente el hierro de los *meteoritos* es el que ha sido empleado primero.

No se cuentan menos de 22 especies de minerales cuya base es el hierro; los más comunes son los óxidos, los sulfuros, los carbonatos, fosfatos, silicatos y sulfatos. Pero el número de las rocas, de los minerales y de las piedras que contienen este metal como accesorio es infinito. Este es el metal que sirve, propiamente hablando, de principio colorante en el reino mineral. Se le encuentra también en casi todos los órganos de los animales, y no hay plantas cuyas cenizas no lo contengan en proporciones sensibles.

Menghini fué quien á últimos del siglo xii descubrió el hierro en la sangre y principalmente en los glóbulos. Deyeux y Parmentier tuvieron la ingeniosa idea de hacer acuñar con el hierro sacado de la sangre de hombres célebres medallas destinadas á eternizar su memoria.

Los minerales de hierro que se explotan para la extracción del metal son todavía poco numerosos. Estos son principalmente los óxidos y el carbonato. La extracción del hierro es una de las operaciones más laboriosas de la metalurgia. Se reducen los minerales por el carbón y se separa el hierro redu-

cido de la ganga, que ordinariamente es silícea. Dos procedimientos hay para este objeto.

El primero consiste en calentar los minerales ricos con carbón solamente; en este caso una parte del óxido de hierro se combina con la ganga para formar una escoria muy fusible (silicato de aluminio y de hierro). Este es el método *catalán*, el cual no se puede aplicar con ventaja sino á los minerales muy ricos en los países en que el combustible es abundante como en España, Italia, Prusia y Noruega.

El horno consiste en un gran crisol de forma cuadrangular recibido en un macizo de ladrillo. Al principiar la operación, sobre una capa de carbón bien encendido se colocan dos montones yuxtapuestos: uno de carbón al lado de la tobera y otro de mineral al lado opuesto. El primero es doble del otro. Se alimenta la combustión por la corriente del aire de un fuelle que se abre al borde del crisol. El gas carbónico producido por este lado se convierte en el espesor de la hoguera de carbón en óxido de carbono, que reduce el mineral pasando á su través y pasa nuevamente al estado de gas carbónico. De este modo se forma hierro metálico. Al mismo tiempo una porción del óxido férrico, reducido al estado de óxido ferroso, se combina con la ganga para formar silicato doble alúmino-ferroso, que es muy fusible y constituye la *escoria*. El hierro reducido se reúne en el crisol en forma de una masa esponjosa, que se aglutina y forja por la acción del martillo.

El segundo método consiste en mezclar el mineral con carbón y carbonato de calcio: la ganga se combina en este caso con la cal para formar un silicato doble de aluminio y de calcio, que se funde á una temperatura muy alta. En estas condiciones el hierro se une á una porción de carbón para formar *fundición de hierro* ó *hierro fundido*. Este es el método de los *hornos altos* con el que se pueden tratar, sin ninguna excepción, todos los minerales de hierro.

En el horno alto, después de haberlos triturado convenientemente, se les mezcla con caliza (castina) y se introduce la mezcla por capas alternativas con carbón mineral.

El horno alto tiene la forma de dos troncos de cono sobrepuestos por su base. Es cerrado en su parte inferior, por la que se le inyecta por las toberas el aire destinado á alimentar la combustión. Está abierto en su parte superior por donde se le va cargando, á medida que la masa candente va bajando en el horno y la fundida es sacada afuera. Esta se conduce primero á una cavidad colocada debajo del punto al que llega el aire de la tobera y se divide en este *crisol* en metal, que gana el fondo, y en escoria que sobresale por los bordes. Cuando el crisol está lleno de hierro se le conduce á canales ó surcos abiertos en la arena sobre el suelo de la fábrica. En esta especie de moldes se solidifica en barras de sección semicircular, que llevan el nombre de *goas*.

El hierro en barras mejor preparadas no es un metal puro, pues contiene aún 0,5 por 100 de carbón y 0,5 por 1.000 de silicio.

Si contiene azufre, arsénico ó cobre tiene el defecto de romperse cuando se le forja al calor rojo.

Si contiene fósforos se deja tratar bien en caliente; pero se quiebra cuando se le quiere doblar después de frío.

La presencia del carbón en el hierro, lejos de perjudicarle, como las sustancias precedentes, le da, al contrario, cualidades que le hacen precioso para sus diversos empleos industriales, es más nervudo, más fuerte. El hierro químicamente puro no podría servir en las artes, pues es demasiado flexible y demasiado blando.

El hierro reducido á láminas se llama *palastro*. La plancha cubierta de estaño constituye la *hoja de lata*, y se llama *hierro galvanizado* al cubierto con una capa de zinc.

R. SAURÍ Y MAS.

EL VOTO NACIONAL

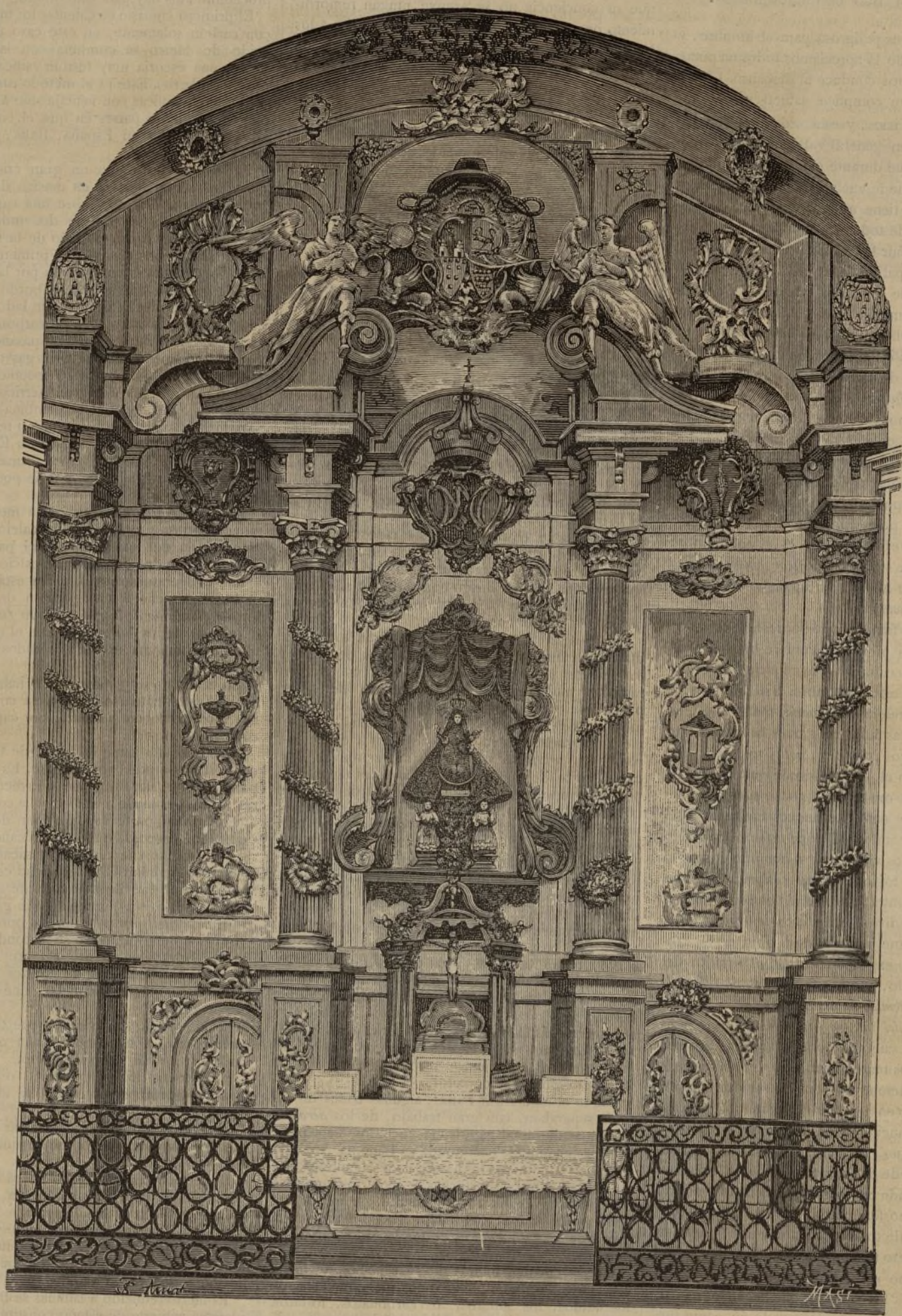
AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

I

Origen. -- Fin. -- Primeros estímulos.



RA al final del año 1870. La Francia, agobiada más y más por el yugo que Dios permitía que la echaran, se veía amenazada por todas partes, y á pasos agigantados rodaba hacia el abismo.



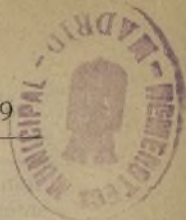
ALTAR MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD DE BARBATONA.

¿Se habría de desesperar, sin embargo? No, porque la desesperación está prohibida al cristiano. Así, pues, mientras que en Lyon prometían los católicos reedificar la capilla de Nuestra Señora de Fourrière si se preservaba la ciudad de la invasión, nació en Poitiers una idea que no debía tardar mucho en extenderse por toda Francia. Dos hermanos parisienses se habían refugiado en la ciudad de San Hilario; uno de ellos concibió el pensamiento de hacer un voto al Sagrado Corazón para alcanzar la libertad de París. Este fué el pensamiento primero; pero semejante al grano de mostaza, no debía tardar en

dar fruto y desarrollarse en nunca imaginadas proporciones; pues, en efecto, ¿cómo rogar por París sin rogar por la nación entera? ¿Cómo rogar por la Francia, la hija predilecta de la Iglesia, sin unir á este pensamiento la misma Iglesia, tan brutalmente atacada por lo mismo que éramos impotentes para vengarla; sin pensar en el inmortal Pío IX, cuya caída, según la exacta expresión de un orador católico, forma parte de nuestros desastres? Era im-

¹ M. Chesnelong. Se recordará que en 20 de Septiembre de 1870, cuando París estaba completamente invadido y Roma atacada por el ejército italiano, cayó en poder de Víctor Manuel.

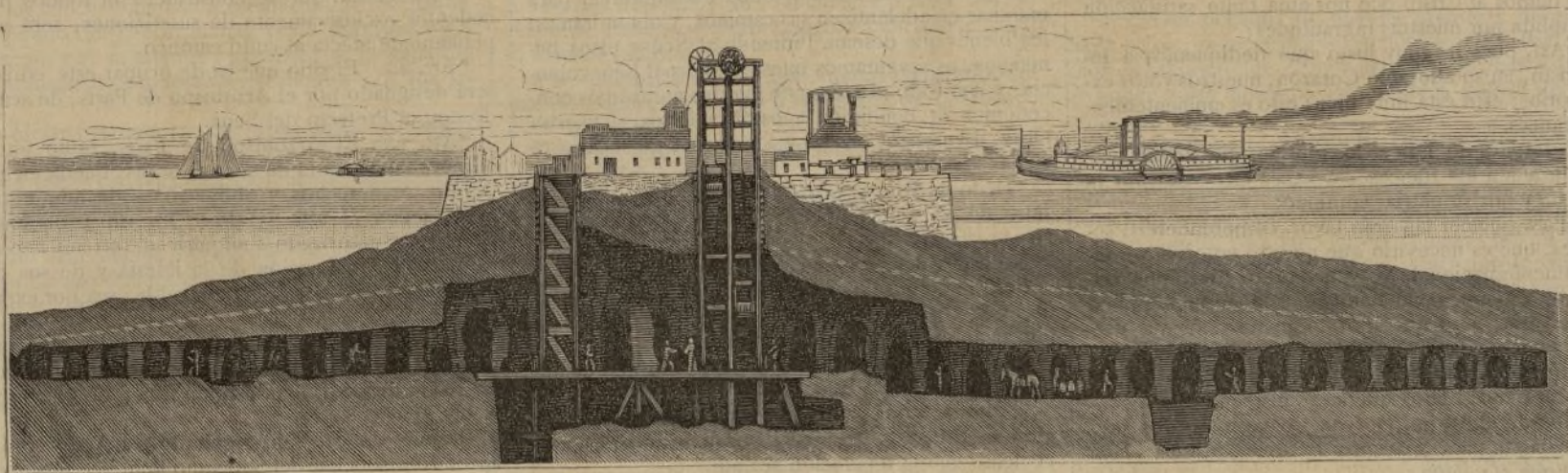
posible, porque nada podía honrarnos tanto como esta solidaridad que parece existir entre el Papa y la Francia, como también nada nos puede inspirar más confianza para el porvenir. Podemos y debemos esperar que, caídos por el mismo golpe, nos levantaremos juntos, apoyándonos mutuamente. Además, si el corazón sagrado de nuestro adorable maestro es bastante grande para abrazarlo todo, ¿el castigo que sufrimos no es justamente la expiación de una de nuestras más grandes faltas, el abandono de la Iglesia? Era, pues, necesario expiarlas por medio de la oración.



EXPLOSIÓN DE HOOD-ROOD EN EL PUERTO DE NUEVA YORK.



Roca de Hood-Roch.



Galerías subterráneas.



Colocación de los cartuchos de dinamita.



Explosión de la mina.

Presentada la cuestión de este modo, el pensamiento adquirió al momento gran número de adhesiones; propagada primero por el R. P. Ramière y el *Massager du Sacré Cœur*, fué aprobada por varios Prelados, y especialmente por monseñor el Obispo de Poitiers, al cual se consultó primero.

Las adhesiones llegaban de todos lados, y al mismo tiempo apoyaban la obra muchas comunidades religiosas, de modo que se resolvió someter el voto á la decisión del Sumo Pontífice. El 26 de Febrero de 1871 Pío IX se dignó bendecirla, después de

hacer algunas modificaciones y fijado los términos en que se encuentra hoy día, que son los siguientes:

«En presencia de los males que aquejan á la Francia, y de las desdichas tal vez más grandes que la amenazan;

»En presencia de los sacrílegos atentados cometidos en Roma contra los derechos de la Santa Sede y contra la sagrada persona del Vicario de Jesucristo,

»Nos humillamos ante Dios, y uniendo en nuestro amor la Iglesia y nuestra patria, reconocemos

que hemos sido culpables y que nuestro castigo es justo.

»Y para hacer público testimonio de nuestros pecados y obtener su perdón de la infinita misericordia del Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, lo mismo que los socorros extraordinarios que pueden libentar al Soberano Pontífice de su cautividad, y concluir con las desgracias de la Francia, nos comprometemos á contribuir á la construcción en París de un santuario dedicado al Corazón adorable de Jesús.»

A contar desde este día, el pensamiento iniciado en Poitiers era un hecho: la obra estaba fundada.

II

Reconocimiento de la obra. — Dificultades. — Objeciones.

La obra estaba fundada, decíamos; como principio sí, pero no aun como en vías de ejecución. Los promotores de la obra deseaban ardientemente que tomara este voto el carácter de una manifestación nacional. El hermano del que había concebido el pensamiento había publicado un grabado autorizado con el *imprimatur* del Obispo de Poitiers, para llamar sobre este punto la atención de la Francia católica; pero no obstante el gran número de adhesiones obtenidas¹, nadie se atrevía á pensar en un feliz resultado. Sin embargo, Dios quería esta obra, y se llevó á cabo.

Como es natural, origen, fin y deseos, todo se había sometido al Arzobispo de París, el cual lo aprobó todo, y después de haber nombrado al Abate Jourdan, uno de sus Vicarios, en la actualidad Obispo de Tarbes, Director espiritual del Comité instituido para proseguir la realización de la obra, le dirigió una extensa carta, que se dió al público, y en la cual el carácter nacional que debía tener el voto al Sagrado Corazón quedó claramente indicado.

«Espero, decía el Arzobispo, que todos los buenos cristianos acogerán favorablemente y sosten-

¹ Se contaba ya con 20.000 números, lo que hacía cerca de 200.000 adhesiones; muchos números representaban un gran número de personas.

drán con generosidad un proyecto bendecido de antemano por el Soberano Pontífice y que interesa al país entero.

«El mal que nos acosa se repartió desde Francia al resto de Europa, y también desde Francia ha partido la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de Francia partirán las oraciones que nos deben levantar y salvarnos.»

Pero no era bastante. Por orden de S. Ema. el P. Monsabré expuso desde el púlpito de la Catedral el objeto de la Obra.

En este admirable discurso, el ilustre orador de las conferencias de Nuestra Señora se pregunta el porqué de un voto al Sagrado Corazón, y exclamaba:

«Porque no podemos salvarnos más que por el amor, y el Corazón de Jesucristo es el símbolo y el instrumento del amor; y es á este amor, señores, á quien ha de pedirse la satisfacción de nuestros pecados; pero nosotros los franceses, más que el resto de los cristianos, hemos sido ingratos con Jesucristo, al que saludaban nuestros padres con esta aclamación: «Viva el Cristo que ama á los francos.»

«El Cristo que ama á los francos; á ellos, señores, ha mostrado su Corazón; á ellos ha prometido el triunfo de su amor; la devoción al Sagrado Corazón fué una devoción francesa antes de ser una devoción católica. ¿Qué extraño es que se muestre en todo su esplendor en la hora del infortunio, y que demos al Cristo que nos ama tanto satisfacción cumplida por nuestras ingratitudes?»

«Así, pues, es muy justo que dediquemos á Jesucristo, en su adorable Corazón, nuestros votos expiatorios; esto está muy bien; esto es eminentemente francés.»

Y después de indicar los motivos que debían persuadir aún á los franceses á hacer este voto por la Iglesia y por su patria, continuó:

«Para obtener tan gran favor, comprenderéis, señores, que es necesario que nuestro voto sea verdaderamente nacional. No quiere esto decir que podamos esperar la unanimidad, ni acaso tampoco la mayoría; pero que, por lo menos, los que verdaderamente sean católicos tomen parte en esta manifestación solemne en toda la extensión del territorio francés. Dios quedará satisfecho con los sufragos de ellos, porque son los votos de los justos y bastan para apaciguar la divina justicia: *Vota jus torum placabilia*.

«Una palabra más y concluyo. Nuestro Voto Nacional, empezado con la oración, debe recibir su última expresión con un monumento. Este monumento responde á una necesidad, á una santa ambición, á un noble sentimiento; dispersados en todos los puntos de la Francia, queremos un signo material de nuestra unión en un mismo arrepentimiento, en una misma esperanza, en un mismo agradecimiento. El Santuario del Sagrado Corazón, edificado en el seno de nuestra capital, será este signo. La oración es un acto pasajero, y queremos, en tanto que nos sea posible, asegurar su perpetuidad; así, pues, el monumento habla mientras que los labios callan; la iglesia del Sagrado Corazón hará rezar á las piedras, impregnadas por nuestras lágrimas y nuestros sacrificios; cargadas de inscripciones y de símbolos, darán testimonio á las generaciones futuras de nuestras desgracias, y de nuestro profundo arrepentimiento, y de la amabilidad de Jesús, que nos ha perdonado y levantado de nuestra abyección.

«En fin, toda victoria ilustre requiere un monumento que testifique á las generaciones futuras el reconocimiento de los pueblos á quienes ha libertado. Así, tres victorias se inscribirán en el templo del Sagrado Corazón: victoria del amor persistente sobre nuestros pecados; victoria del amor fraternal sobre el odio social; victoria del amor divino sobre la justicia divina.

«Ahora, señores, á la obra; roguemos y demos. Desde la más alta montaña quisiera poder hacer oír mi voz á la Francia entera; pero hablar á vosotros, ¿no es hablar á la Francia toda? ¿No serviréis vosotros de correos ágiles del Voto Nacional? Acabo de hablaros; hablad vosotros ahora á la Francia, y ojalá recibáis pronto una respuesta que nos consuele de nuestras tristezas y llene de esperanza nuestros corazones.»

Y levantándose el Arzobispo, concluido este discurso, declaró que hacía suyas las palabras del Reverendo P. Monsabré.

Poco después, deseando el Comité de la Obra tener una prueba auténtica y directa de la aprobación del Sumo Pontífice, redactó una súplica, que Mons. Guibert se dignó recomendar calurosamente; se envió al P. S. Pío IX, que se dignó contestar con el siguiente breve:

A mis queridos hijos el Presidente y demás miembros del Consejo de la Obra nacional en París.

PÍO IX, PAPA

«Queridos hijos: salud y bendición apostólica.

«Mientras que los signos de la mano vengadora se manifiestan tan visiblemente en las calamidades que afligen á las naciones y hacen temer males aun mayores, hemos sabido que habéis concebido el feliz proyecto de levantar en vuestra noble é ilustre ciudad un monumento destinado á excitar el espíritu de religión y á inflamar la caridad. Confíaís en que con este medio se aplacará el Señor, se mostrará propicio, y obtendréis de su clemencia la paz de la Iglesia y la salud de vuestra nación. Como en esta colosal empresa que habéis emprendido resplandece una viva piedad y una prudencia digna de corazones cristianos, no nos extraña que vuestro sabio pastor y tantos otros venerables hermanos nuestros Obispos de Francia la hayan recomendado con entusiasmo y la hayan prestado su concurso. Así, pues, concedemos nuestra aprobación á vuestro celo y á vuestra piedad, y os damos á vosotros y á vuestros colegas los elogios que merecís. Deseamos que, enternecido el Señor por este público testimonio de piedad y aplacado por este concierto de oraciones, volverá á él, no sólo los corazones de vuestros conciudadanos, sino los de todos los hombres, para marchar en adelante en sus caminos, y obtendrán así los bienes que desean. Pidiendo al Señor estos beneficios, os aseguramos nuestra paternal benevolencia, y con todo el afecto de nuestro corazón os concedemos la bendición apostólica á vos, á vuestra Obra, á vuestro Consejo y á todas las personas asociadas á él.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 31 de Julio de 1872, XXVII de nuestro pontificado. — PÍO IX, PAPA.»

No podía desearse nada más completo.

Pero todavía se elevaban algunas objeciones, y la más poderosa era esta: ¿por qué escoger París para elevar un monumento expiatorio?

A esto respondía el autor del grabado de que hemos hablado más arriba:

«Admitiendo que el escándalo haya sido más grande en París que en las demás ciudades, es conveniente que la reparación sea allí.

«En esta ciudad, donde se obra tan mal, es también una ciudad donde se hace mucho bien. Es un campo de batalla donde afluyen los campeones del vicio y de la virtud, los ángeles y los demonios.

«Estas multitudes que sitian la capital, viniendo á pedirla unos más placeres y menos trabajo, otros placeres ganados sin trabajo, son enviados por las provincias. París no pertenece solamente á los parisienses, sino á toda la Francia, que disfruta de él.

«En fin, elegimos París, persuadidos de que, á pesar de las oposiciones parciales, era donde menos había de haberlas para llevar á cabo una obra nacional, que ha de ser nacional verdaderamente para parar el brazo de Dios, que castiga á la Francia entera.

«Además, hemos hecho nuestro voto al Sagrado Corazón de Jesús, porque la necesidad que tenemos de su misericordia nos ha hecho creer que era el mejor camino para obtenerla.

«Esta devoción está en gran boga en París, donde ocupa un puesto distinguido en las liturgias parroquiales. Esta ciudad, cuya población pasa de dos millones de habitantes, puede procurar una gran gloria al Señor si, tocada por la gracia, se humilla.

«Un voto por cada departamento no llenaría el mismo objeto como un voto general por la Francia entera. Así, aunque París fuera reducido á cenizas, confesaríamos sobre sus ruinas nuestros pecados nacionales y proclamaríamos la justicia divina.»

Sin embargo, siguiendo su objeto, y cuando las inscripciones de París alcanzaron una respetable suma, Mons. Guibert dirigió una carta, en 5 de Marzo de 1873, al Ministro de Cultos para informarle de la existencia del Voto nacional, de la aprobación que le habían concedido la mayoría del episcopado francés; para darle á conocer la manera de ponerlo en ejecución; porque la colina de Montmartre había sido elegida para construirle, y en fin, para rogarle que la Asamblea Nacional tomara en cuenta el asunto y presentara un proyecto de ley que tuviera por objeto:

«1.º Aprobar la proposición hecha por el Arzobispo de París de elevar sobre la colina de Montmartre, y en un sitio determinado, un templete destinado á atraer sobre la Francia la protección y las bondades divinas;

«2.º Autorizar al Arzobispo para adquirir en su

nombre y en el de sus sucesores los terrenos necesarios, amigablemente ó por vía de expropiación después de la declaración de utilidad pública, quedando él obligado á pagar el precio de adquisición de los terrenos y los gastos de construcción del edificio con los medios puestos ó que pondrían á su disposición la caridad de los fieles.»

A continuación de esta carta, puesta por el ministro en conocimiento de la Asamblea, se nombró una Comisión, y el 11 de Julio, M. Emilio Keller, diputado, daba un dictamen favorable á la adopción de la proposición hecha por el Arzobispo de París.

Después de algunas peripecias, la ley fué puesta en la orden del día, y la discusión empezó el 22 de Julio de 1873; no pudo terminarse en el mismo día, y se dejó para el siguiente. A pesar de las dificultades, inevitables en semejantes casos, la ley fué votada por 382 diputados contra 138; esta mayoría de 244 votos daba á la Obra la más bella sanción nacional que pudieran desear los interesados en ella.

He aquí el texto de la ley, tal y como fué votada y promulgada:

«Artículo 1.º Se declara de utilidad pública la construcción de una iglesia en la colina de Montmartre, conforme á la petición del Arzobispo de París en su carta de 5 de Marzo de 1873, dirigida al ministro de Cultos.

«Esta iglesia, que se construirá con fondos procedentes exclusivamente de suscripciones, será perpetuamente afecta al culto católico.

«Art. 2.º El sitio que ha de ocupar este edificio será designado por el Arzobispo de París, de acuerdo con el Prefecto del Sena.

«Art. 3.º El Arzobispo de París, tanto en su nombre como en el de sus sucesores, queda en poder de los derechos y obligaciones de administración, según el art. 83 de la ley de 3 de Mayo de 1841, y autorizado á adquirir el terreno necesario para la construcción de la iglesia y de sus dependencias, sea por la vía amigable, sea por expropiación.

«Art. 4.º Se procederá á las medidas prescritas por los títulos II y siguientes de la ley de 3 de Mayo de 1841, después de la promulgación de la presente ley.»

Después de este feliz resultado, el Arzobispo se apresuró á solicitar del Soberano Pontífice una aprobación formal de la Obra, que era ya verdaderamente nacional, y no solamente la aprobó el Santo Padre, sino que llevó su bondad hasta el exceso de querer contribuir á su realización con una rica ofrenda. Pensó que la suma de 20.000 francos dada por el Padre común de los fieles sería una señal cierta de la importancia que daba á esta Obra.

El breve pontificio fué inmediatamente publicado por el Arzobispo de París en un notable documento que fué leído por la Francia entera, y del que solamente daremos á conocer á nuestros lectores el pasaje siguiente, sintiendo que la falta de espacio nos impida publicarle íntegro.

«Talentos prevenidos han criticado los homenajes que tributamos á este Corazón Sagrado, y han tratado de novedad singular el culto que le consagramos. Es muy extraño que escritores y oradores diserten con tanta seguridad sobre cosas santas de las que no poseen siquiera ligerísimas nociones. ¿No practicamos diariamente cada uno de nosotros un culto parecido en las relaciones puramente humanas? Lo que honramos principalmente en el hombre es el corazón que palpita en su pecho, porque es el origen de los grandes pensamientos, de todos los nobles y generosos sentimientos; cuando este corazón ha sido helado por la muerte, nos esforzamos en prolongar su vida en nuestros recuerdos; nuestra piedad se complace en conservar la reliquia inanimada, y le rodeamos aún de veneración y de respeto. Este culto natural, observado en todos los pueblos, es muy legítimo y conforme á la razón, porque, en efecto, el corazón es todo el hombre, y por el corazón el hombre se hace digno del amor y del respeto de sus semejantes.

«Y se condenarían los homenajes tributados al Corazón eternamente vivo del Hombre-Dios, que se ofrece á nosotros con todos los atractivos de una bondad infinita que ha servido de órgano á la infinita misericordia, y de donde han partido para la tierra los raudales de la sangre del Redentor! Y no se comprenderá lo que hay de justo y elevado en una devoción que se dirige á Jesucristo mismo, que es el principio y el fin de todo el culto cristiano! Y se extrañará que busque esta devoción en la persona del Salvador, lo que hay de más íntimo y más tierno, es decir, el corazón, foco sagrado del amor que perdona y víctima del amor que expía! El Calvario no da la explicación de este culto, y el Crucifijo nos presenta el símbolo: sería necesario no haber leído jamás la historia de la Pasión para no



penetrar hasta este Corazón adorable. He aquí por qué los pueblos, en el día del público dolor y de los grandes peligros de la sociedad, se lanzan por instinto natural en las vías que conducen á los altares del Corazón de Jesús."

Así concluyó el segundo período de la formación de la Obra. Se entraba ahora en el tercero: en el de la ejecución.

III

Ejecución. — El monumento. — La primera piedra. — La Capilla provisional. — Las suscripciones.

Era necesario ocuparse de dos cosas al mismo tiempo: 1.º, de los trabajos preparatorios para la construcción del edificio levantado para la mayor gloria del Sagrado Corazón, las excavaciones para cerciorarse de la solidez del lugar escogido, expropiación y compra de los terrenos pertenecientes á la ciudad y á diversos propietarios, y, en fin, los planos del monumento; 2.º, hacer por todos los medios posibles aumentar las suscripciones indispensables para la ejecución del Voto.

Se pusieron con grande ardor á trabajar en la realización de la Obra. Al mismo tiempo que se pedía al servicio de inspección de canteras de París que practicase las operaciones indispensables para asegurarse de que era posible construir en el punto designado en Montmartre para edificar la iglesia, se abrió un concurso para la presentación de los planos, y un Jurado del que formaban parte hombres eminentísimos por su talento y experiencia, juzgaba del gran número de proyectos presentados por los artistas.

En efecto: setenta y ocho proyectos se presentaron en el concurso, cuya exposición fué visitada por más de veinte mil personas. Después de un profundo y detenido examen, el Jurado concedió el primer premio al plano de Mr. Paul Abadie, inspector general de los edificios diocesanos, el hábil restaurador de las catedrales de Perigueux, de Angulema y de tantos otros monumentos; S. E. el Cardenal Arzobispo de París escogió también á Mr. Abadie para dirigir los trabajos.

Todo marchaba bien por este lado, y había derecho de esperar que la iglesia de Montmartre sería digna á la vez de Aquel en cuyo honor se construía y del país que quería dar una prueba viva de su arrepentimiento, de su fe y de su esperanza.

Además se sabía ciertamente que el terreno escogido no había sido tocado por la explotación de las antiguas canteras, y ofrecía, por consiguiente, toda clase de seguridades para la construcción. Y era esto de mucha importancia, porque independientemente de la solidez del edificio, que habría estado muy amenazada, se habrían originado gastos que era imposible calcular.

Para la compra de los terrenos se habían entendido amigablemente con cinco propietarios; para los otros nueve, comprendida la ciudad de París, fué necesario que interviniese el Jurado de expropiación, que terminó sus operaciones el 12 de Marzo de 1875, fijando en 466.171'12 francos la suma que había que pagar. El 15 de Abril siguiente, el Cardenal Arzobispo tomó posesión del terreno necesario para la construcción. Las demoliciones se empezaron tan pronto como se cumplieron las formalidades relativas á la expropiación de los terrenos, y el 16 de Junio de 1875, día aniversario de la aparición de Nuestro Señor á la B. Margarita María y de la elevación de Pío IX al pontificado; en este día, destinado por el Santo Padre para que los fieles se consagren al Sagrado Corazón de Jesús, S. E. el Cardenal Arzobispo de París, acompañado de once Prelados, puso solemnemente la primera piedra del futuro edificio, en medio de una concurrencia tan devota como numerosa, en la cual se veía, en medio de las órdenes religiosas y de todas las parroquias de París, más de ciento cincuenta diputados.

La falta de espacio nos impide dar cuenta del entusiasmo con que fué acogida la admirable alocución de S. E., parafraseando el discurso sobre la Montaña, entusiasmo que se tradujo en vivas cuando Mons. Guibert, después de haber hablado, leyó un telegrama que acababa de recibir del Cardenal Antonelli, y decía así:

"La ceremonia religiosa que se verificará mañana llena de grata satisfacción el corazón del Santo Padre, el cual bendice esta bella empresa, á sus promovedores y á todos los que en ella toman parte, y ruega al Señor que asista con sus luces y con sus gracias especialísimas al Cardenal Arzobispo, al clero, á los fieles, á la ciudad de París y á la Francia."

Los gritos de ¡viva Pío IX! ¡viva Francia! salieron de todos los labios, y todos se retiraron llevando de esta ceremonia un sentimiento tiernísimo de confianza y de esperanza.

Porque, en efecto: viendo el profundo recogimiento

que constantemente había reinado mientras se puso la primera piedra, el respeto y la veneración con que se había acogido y despedido á los Prelados y al clero, todos esos cristianos llegados de todas partes para dar público testimonio del arrepentimiento de la Francia, y recordarnos sobre todo que esta escena se verificaba en el mismo sitio donde la Commune había tenido principio, no podía uno dejar de admirarse, y sin querer venía á la mente el *Digitus Dei est hic*.

Lo que prueba más esto es el entusiasmo con que desde el día en que se colocó la primera piedra acude la gente á Montmartre.

Este entusiasmo fué tal que S. E. el Cardenal Guibert y el Comité del Voto Nacional, deseosos de alimentar la piedad pública, construyó una capilla provisional.

Era de suma importancia empezar cuanto antes el edificio espiritual de la fe y de las oraciones, y habiendo resuelto en el mes de Enero construir la capilla provisional, se concluyó el 3 de Marzo.

En este día memorable, el Cardenal Arzobispo de París celebraba la primera misa por la Francia, en cumplimiento del Voto Nacional, y administraba la Comunión á numerosos y fervientes cristianos. En este día puede decirse que empezaba realmente la obra de la expiación.

Desde entonces los peregrinos continuaron viniendo en mayor número. Todos los días y de todos los puntos de París y de Francia se vió rogar al Corazón de Jesús y ofrecerle la satisfacción que le daba la Francia penitente.

Pero insensiblemente nos hemos separado de nuestro objeto. Volvamos á la historia de la Obra y á las suscripciones.

Dios ha dado pruebas inequívocas de que bendecía el Voto Nacional.

En el momento en que el Arzobispo de París escribía al ministro de Cultos la carta por la cual pedía á la Asamblea nacional que se diera un carácter legal y oficial al voto de los católicos franceses, había en caja 600.000 francos.

En cuanto se conoció la decisión de la Asamblea, el Arzobispo de París escribió á los Arzobispos y Obispos de Francia á fin de pedirles: 1.º, un concurso directo para una obra que interesaba al país entero; 2.º, rogándoles asistieran á la colocación de la primera piedra, día en que probablemente se haría la consagración de Francia al Sagrado Corazón; 3.º, una delegación *ad hoc* en el caso de que no les fuera posible venir á París cuando se celebrara esta solemnidad.

Las respuestas, debemos decirlo, fueron todas favorables; casi todos los Obispos publicaron pastorales con este objeto. Y desde entonces puede decirse que el Voto al Sagrado Corazón era verdaderamente el voto de la Francia.

Una adhesión tan unánime se deja comprender que había de dar un gran impulso á las suscripciones del Soberano Pontífice, magnífico siempre, pero ahora más que nunca, vino á aumentarlas con su don. Las ideas más generosas surgían inopinadamente. Ya era el ejército que se suscribía de un modo especial para contribuir á la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón, apoyándose en estos dos motivos:

"En primer lugar, ¿no es justo que el ejército, encargado de velar por el orden y de hacer respetar las leyes, ponga en este momento cada uno de sus individuos su confianza en Dios, pidiéndole sus gracias y favores para todo el cuerpo y los encargados de dirigirle? Además, diseminados por todo el país, separados por grandes distancias, y reducidos, por tanto, á la imposibilidad de conocerse, ¿no sería una felicidad para los oficiales y para los soldados cristianos el hallarse una vez siquiera reunidos, rogando al pie del mismo altar, y de inscribir su nombre al lado de los de sus compañeros, dispuestos como ellos á sostener y defender la causa del Señor?"

El Comité de los Círculos Católicos de Obreros decía á su vez escribiendo al Arzobispo de París:

"El ejército francés, según el voto que ha expresado, tendrá una capilla particular en la iglesia del Sagrado Corazón, que se elevará en la cima de la colina de Montmartre.

"S. E. pensará, sin duda, que al lado de la ca-

1 Esta capilla, puramente provisional, fué construida con la mayor economía: el contrato celebrado con el contratista fijaba en 24.000 francos el gasto total. La obra principal, según se ve, no se ha conseguido aún, según el punto de vista material, pero mirado espiritualmente ha ganado mucho, porque ha alcanzado más pronta ejecución. La misa por la Francia se celebra en la capilla provisional todas las mañanas á las nueve, y después se dicen las oraciones públicas. En esta misa se leen las recomendaciones que se envían al Rdo. P. Rey, que vive en la calle Fontenelle, 31.

2 Sabido es por nuestros lectores que en Julio de 1874 Su Santidad envió al Cardenal Arzobispo de París un rico cáliz de exquisito arte y adornado con preciosos esmaltes para que sirviera en la primera misa que se celebrara en el santuario de Montmartre, y que, en efecto, sirvió en la que se celebró el día 3 de Marzo.

pilla del soldado cristiano se debería poner la del obrero cristiano; que en la futura iglesia convendría levantar un altar á Jesús-Obrero y agrupar á su alrededor los santos patronos del trabajo manual.

"Este altar tendría una elocuencia natural, pues expresaría los deseos de los obreros que han quedado firmes en la fe cristiana ó que han vuelto á ella; se vería en él una separación indeleble de los blasfemos que profanan el taller, y en fin, no dejaría de atraer la piedad de los fieles sobre este misterio tan profundo: Jesús manejando las herramientas del trabajo en el humilde techo de Nazareth.

"¡Ah! Que se recuerde que Nuestro Señor pasó casi toda su vida en un pobre taller, con el fin, sin duda, de entrar en comunicación directa con tantos millones de obreros que son el alimento de las naciones. ¿No podemos en justicia creer que en un santuario dedicado á su divino Corazón faltaría, por decirlo así, una pulsación á este Corazón sagrado, si Jesús, hermano de los obreros y Él mismo obrero, no tuviera un altar privilegiado?"

El P. Dulong de Bosnay, al mismo tiempo que la sociedad establecida en Marsella para la defensa de los intereses católicos, reclamaba, prometiendo el concurso de las escuelas, una capilla á Jesús-Doctore, y decía con tanta elocuencia como verdad:

"Sería conveniente que hubiera un altar para cada una de las faltas nacionales, y sobre el cual la Francia y sus sacerdotes vinieran á llorar y á pedir misericordia.

"Entre los pecados de nuestra grande y desgraciada patria, la insensata invención de la escuela sin Dios es seguramente el más grande y el más capaz de atraer sobre nosotros los terribles golpes de la justicia divina.

"Oímos protestar delante de Dios contra la idea de instruir y de formar al hombre fuera del cristianismo. Pedimos perdón por esta utopía injuriosa á Dios y á los hombres. Y en fin, queremos expresar al cielo nuestro profundo agradecimiento por el inmenso beneficio de una buena educación recibida en nombre de Jesucristo, el único maestro y el modelo perfecto del discípulo."

La Asociación de Madres cristianas quería también dedicar una capilla á Santa Ana; los Lazaristas, las Hermanas de la Caridad y las Conferencias de San Vicente de Paul deseaban del mismo modo elevar un altar al más popular y grande de los santos franceses, San Vicente de Paul; el clero francés pedía una capilla especial, concedida por Mons. Guibert, bajo la invocación de Jesús sacerdote eterno; los misioneros deseaban erigir una capilla á San Pablo, y el Poitou pedía una para Santa Badeyonda.

En fin, la Asamblea Nacional, por el voto de una gran mayoría de sus miembros, declaraba á S. E. el Cardenal Guibert que deseaba

"... ardientemente que esta iglesia, destinada á dar testimonio de la fe de nuestra edad y hacer constar el llamamiento supremo hecho por la Francia á la misericordia divina en una de las horas más borrascosas de su historia, tenga una capilla destinada á recordar la parte que tomó en este acto religioso la Asamblea Nacional presente, y reservada especialmente para las futuras."

El movimiento, como se ve, era considerable, y los dones respondieron á él. Las colectas ordenadas en casi todas las diócesis por los Obispos dieron muy buen resultado; las suscripciones espontáneas, lo mismo que los dones en objetos, alhajas, sedas, etcétera, etc., eran numerosas. Esto, sin embargo, no bastaba, y pronto surgió una nueva idea.

Un celoso sacerdote de la diócesis de Dijón, el Párroco de Poiseul le Ville, aprobado por su Obispo, inició la idea de admitir suscripciones desde 10 céntimos al año, y durante cinco, para la continuación de la Obra, y no solamente pidió el concurso de sus feligreses, sino que envió circulares, autorizadas con la firma del Obispo de Dijón, por todas partes.

Fué un grande y fecundo pensamiento. Las pequeñas suscripciones nos parece que es el mejor medio para obtener un buen resultado en la suscripción, y, sobre todo, para dar á la iglesia un carácter verdaderamente nacional; porque es necesario que todo el mundo pueda suscribirse, y para eso es conveniente que hasta 5 céntimos se soliciten en todas partes y se reciban con agradecimiento. ¿Y quién es el que no puede dar 5 céntimos cada mes? ¿menos aun 5 céntimos al año? Y si los 30 millones de católicos que viven en Francia se suscribieran por 5 céntimos al año, esta suscripción produciría 1.500.000 francos, es decir, que en cinco años, que es el término marcado para las suscripciones, subiría á 7.500.000, que juntos con los 2.000.000 ya suscritos, se podría adelantar rápidamente el edificio que debe servir de público testimonio del arrepentimiento y de las esperanzas de Francia.

Se pondría también, como lo indicaba *L'Univers*,

establecer diversas categorías de suscripciones, según la fortuna de cada uno.

De todos modos, esta excelente idea se extiende más y más cada día, y está organizada en varias partes. Cuenta ya con 53 centros de propaganda y puede ser que haya hoy más; varios Prelados, y especialmente los de Aix, Alger, Autum, Chalons, Chartres, Langres y Montpellier, la han recomendado eficazmente, y como una buena idea, trae otra consigo; á las *décadas de suscripción* han seguido las *décadas de oraciones*.

Una persona muy piadosa y consagrada al adorable Corazón de Jesús, viendo que no podía recoger más ofrendas, concibió la idea de solicitar de las personas cristianas la limosna de una comunión y oraciones especiales para obtener la realización del Voto Nacional; poco después, esta misma persona creaba las *décadas de oraciones*, y hoy tiene el placer de asistir todos los días á una comunión ofrecida por la Obra; pero aun hay más, porque desde este día el dinero que faltaba ha entrado con abundancia, y las suscripciones se reciben con regularidad.

El mismo pensamiento fué acogido por ciertas religiosas, y, por ejemplo las 60 trapenses de la Trapa de Ubexy, en el departamento de los Vorges, reciben todas las semanas la sagrada Comunión para el feliz éxito del Voto Nacional.

Porque no se debe olvidar que es ante todo una obra de oración y el lado material no sirve más que para dar un testimonio sensible de nuestra fe.

Lo que se necesita es que la Francia ruegue, que vuelva á Jesucristo y corresponda al amor que la ha demostrado.

Esta idea ha llevado á la creación de otra Obra, corolario de la primera, y que se llama la *Obra de las imágenes de Sagrado Corazón*. Por cualquier lado que se mire se verá que hay aquí una excelente propaganda para hacer, porque colocada y honrada en nuestras viviendas la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, atraerá sobre nosotros las bendiciones del Señor (novena promesa hecha á la Beata Margarita María); más aun, será una protesta enérgica, aunque muda, contra los respetos humanos, y nos presentará ocasión de hablar del Voto Nacional y de su importancia tanto religiosa como social.

Esta importancia ha llamado la atención de todos los católicos, por lo que los Comités, reunidos en Congreso en 1874, tomaron las siguientes resoluciones:

«La Asamblea emite el voto:

1.º Que los católicos propaguen, por todos los medios que estén á su alcance, la Obra del Voto Nacional al S. C. de Jesús.

2.º Que en todas las diócesis, la Obra tenga celadores encargados de pedir y de recoger ofrendas, y que corresponda de un modo directo y permanente con el Comité de la Obra.

3.º Que los católicos propaguen el *Boletín de la Obra* esforzándose en multiplicar las suscripciones.»

En la reunión que se verificó en Abril de 1875, la Asamblea recomendó también:

«1.º Celebrar la fiesta del S. C. de Jesús comulgando fervientemente, porque somos católicos y nuestra religión nos manda confesar y comulgar.

2.º Que la cooperación al Voto Nacional esté encima de todas nuestras piadosas empresas, y que ofrezcamos personalmente una limosna por la intención de la Iglesia y de la Francia.»

Estas resoluciones nos obligan á hablar de una creación hecha por el Comité del Voto Nacional al S. C. de Jesús, con el doble objeto de poner al corriente á los suscriptores de la situación de la Obra y de solicitar nuevos dones.

Nada más á propósito que un cuadro exacto de lo que se recibe, de lo que se gasta y de los trabajos, así como de los documentos relativos á la Obra, tales como breves pontificios, y los mandamientos de los Obispos, la correspondencia, etc., etc. Esta es la misión del *Boletín de la Obra del Voto Nacional*, que ve la luz pública todos los meses y que cuesta solamente dos francos al año, con el fin de hacerle asequible á todas las fortunas y facilitar su propagación, doblemente útil, porque contra más suscriptores haya menos costará el *Boletín* á la caja de la Obra, y contra más se lea más adhesiones habrá sin duda ninguna.

IV

(Conclusión.)

He aquí expuesto el estado en que se encuentra la Obra y las vicisitudes por que ha pasado; las suscripciones pasan de tres millones de francos, ¿basta esto? No, porque no son dos ni ocho, sino más de diez millones lo que se necesita para concluir la iglesia del S. C. de Jesús.

A esta cantidad se han puesto dos objeciones;

unos la han encontrado muy mezquina, y otros, por el contrario, demasiado elevada. A todos se les podía responder, pero no lo haremos; solamente les diremos: Dad siempre y rogad, ya conocéis las faltas de la Francia y la necesidad que tiene de las oraciones de sus hijos. ¡Rogad y dad para contribuir en lo que esté de vuestra parte á la salud de la patria.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



ENÍA para él y Juan excelentes caballos, restos de su pasada fortuna. A este joven sirviente tuvo el cuidado de darle el más ágil, pensando que el niño era menos capaz que él de salir sano y salvo de un encuentro de otro modo que huyendo.

Un buen guía los precedía, y haciéndoles evitar la carretera, los llevaba por los campos labrados, divididos por vallados y por malezas, hasta la ancha cinta de charcos que forma como un cinturón al bosque.

Hacía una noche clara, serena y silenciosa, que recordó á Tadeo aquella en que se había despertado en la miserable cabaña, después de la muerte de su madre y del incendio de Mlynck. En semejante día, un mes antes, el joven Oskierko había asistido á la invasión de sus dominios, á la agonía de su madre... Recordó todos los detalles de este funesto suceso, y pensó que el cielo había sido clemente con su madre, haciendo que muriese antes de ver la traición de Alina.

En este momento se acercó á él el guía y le tiró de la manga.

—Dentro de diez minutos —le dijo— estaremos á la orilla del pantano. Aquí es donde está el peligro: los rusos hacen buena guardia, y no es raro encontrar algunos que se ponen en emboscada en los matorrales. ¿Cómo vamos á prepararnos para pasar?

—Tú vas delante —contestó Tadeo— para enseñarnos el camino; yo me quedaré detrás, y Juan irá más seguro entre los dos.

Los tres jinetes se adelantaron en el orden indicado. Cincuenta pasos llevarían andados, cuando vio Tadeo brillar, bajo los rayos de la luna, la superficie tersa del pantano; el guía llegaba ya muy cerca.

En este momento se oyó un tiro de fusil en los juncos. El caballo del guía, herido, cayó en las altas hierbas, y el labriego rodó en el agua del pantano.

—Adelante—gritó él sumergiéndose en ella hasta la cabeza. —Si llegamos á ese montón de tierra que se levanta allí abajo, nos habremos salvado. Los nuestros nos ayudarán, y no tenemos que habérmolas más que con unos cuantos cosacos.

En efecto, una decena de hombres escondidos en los juncos se habían levantado y empezaban á descargar sus carabinas.

—Pronto, Juan, corre al pantano y apéate—gritó Tadeo, sacudiendo un latigazo al caballo del joven.

En un instante, los dos llegaron á los primeros charcos de agua verdosa. Juan entró en ellos hasta el cuello sin temblar; pero los rusos iban á seguirle hasta allí. Tadeo tomó su sable y se puso en la orilla.

—Aquí está el despacho nacional—dijo dándole al joven un pliego. —Sálvalo, sigue al guía. Durante este tiempo protegeré vuestra retirada.

En este momento tres cosacos le atacaron. En pie á la orilla del pantano, se defendió con una sangre fría admirable. A cada golpe de su sable volvía un poco la cabeza para ver si Juan y el guía ganaban terreno y si el precioso despacho llegaría á su destino. Muy pronto los perdió de vista y los oyó gritar de lejos:

—¡Victoria!

Iban á alcanzar el límite del campamento. En el mismo momento cayó Tadeo herido por una bala en el hombro. Su herida puso término á su valerosa resistencia, y los cosacos se retiraron llevándole prisionero.

XXI

En Maryampoul, las autoridades rusas registraron al joven cautivo. El precioso despacho se había salvado, pero Tadeo llevaba sobre sí papeles de importancia secundaria y el sello del gobierno nacional. Esto era bastante para que se reconociese su culpabilidad, y en caso semejante, la causa era clara y la

sentencia prontamente pronunciada. Los emisarios polacos expiaban su abnegación en el cadalso. Sólo que, como el culpable estaba herido, era menester curarlo antes de ahorcarlo. Este era un refinamiento de la venganza rusa, que jamás se volvía más suave, más hipócrita, más falsamente benévola que cuando se trataba de fortificar un cuerpo enfermo para que el alma sintiese mejor y por tiempo más largo su agonía y el borrón del verdugo.

Transportaron á Tadeo al hospital de Suwalki, donde bajo las miradas de Toll debía acabar su convalecencia. Durante las tres semanas que pasó en su lecho de dolor, tal vez le hubiera sido fácil defraudar la esperanza del verdugo. Pero no quiso: prefería beber hasta lo último la copa amarga que desde hace mucho tiempo había empezado á apurar y, al pie del cadalso, echar la última gota de ella á la faz de sus amigos y de sus enemigos, de sus compatriotas y de sus jueces, diciéndoles por despedida:

—En el corazón del más noble de entre vosotros hay un Judas que acecha el momento de venderos. Otras veces he creído en vosotros; pero ahora os veo, os conozco, os desprecio, y me es grato huir de vosotros... aunque sea muriendo en un cadalso.

Esto es lo que pensaba Tadeo cuando, al salir de su convalecencia, lo metieron en un calabozo de Suwalki. Cuando se encontró allí solo, se acordó de los sueños que había tenido tantas veces y que contaba á Witold en su campamento; las paredes húmedas, las rejas sombrías que veía en su sueño, y ese apretón del verdugo, que siempre al fin sentía crispase en su espalda.

Todo esto era la suerte, que había querido anunciárselo.

En este oscuro calabozo fué donde vinieron á leerle su sentencia y á advertirle que la ejecución tendría lugar al día siguiente por la mañana. El escribano ruso, retirándose, le preguntó si deseaba un sacerdote.

Tadeo respondió fríamente en su desesperación que quería estar solo hasta lo último. Le irritaba el sonido de la voz humana, y toda tentativa de consuelo hubiera enconado aún más sus heridas.

Después que se fué el oficial, se sentó en un banquillo y levantó los ojos hacia su pequeña ventana, único punto luminoso en esta media oscuridad. Pero era el mes de Octubre, el cielo estaba plomizo, y grandes nubes grises, empujadas por un viento de Oeste, pasaban con lentitud ante las rejas. Esta vista le serenó, porque convenía á su dolor. Un rayo de sol en su calabozo le hubiera puesto frenético, le hubiera recordado las radiantes promesas del pasado...

Detrás de él abrieron en este momento la puerta del calabozo; pero no se volvió, creyendo que era el carcelero que venía á hacer su servicio ordinario. Sin embargo, el que entraba, ni tocando á la cama, ni á la mesa, ni al cántaro, continuó avanzando y vino á colocarse cerca de la ventana que Tadeo contemplaba. Los pasos de este nuevo personaje eran lentos y silenciosos, y le pareció á Oskierko oír sobre las losas como el roce de un vestido.

Tadeo bajó los ojos y percibió ante él una frente surcada de arrugas, una cabellera gris, una larga sotana negra, todo el porte venerable y muy conocido del cura de Mlynck. El joven, por un movimiento brusco, saltó fuera de su silla y se colocó, con los ojos chispeantes, los brazos cruzados sobre el pecho, enfrente del anciano sacerdote.

—¡Vos aquí! —le gritó con voz irritada. —¿No os han dicho que es la ejecución mañana?

—Quiero recordaros vuestros deberes de cristiano—respondió el sacerdote con firmeza—y hablaros también de parte de aquellos que os aman. Desde vuestra salida de Glonki, la vida de vuestra prima ha estado seriamente amenazada; tal vez se muera en este momento, y me envía para que os diga que os ha perdonado.

—¿Ella me ha perdonado? ¡La ironía es exquisita! Ella me perdona á mí, el engañado, el burlado, el desterrado, mientras que ella vive feliz y gozosa con su valiente esposo!

—Alina no tiene esposo —respondió tristemente el sacerdote.

—¿Quién? ¿Ella, Alina? ¿Estáis loco? Ella me ha dicho á mí cuando la he visto, que estaba casada, que ya no me pertenecía y que debía marcharme. Explicaos, anciano, si queréis que muera en paz.

—Voy á explicaros todo lo que queráis, pero tengo que deciros muchas cosas antes. Vos habéis desesperado, habéis dudado, habéis blasfemado, y ahora queréis morir solo. ¡Se conoce muy bien que habéis perdido á vuestra madre! El dolor ha sido demasiado fuerte para vos, y, destrozando vuestro corazón, ha trastornado vuestra clara inteligencia. Desde hace un mes he llamado en vano á las puertas de vuestros jueces. Me respondían que el condenado no tenía amigos, no quería sacerdote... Y sin em-

bargo, no podía creer que rechazarais á vuestro antiguo confidente, vuestro antiguo guía, vuestro viejo amigo, que otras veces daba gracias al cielo por haberos dado una infancia tan feliz y una juventud tan pura. Decidme, mi Tadeo, hijo mío, ¿es verdad que queréis alejarme de aquí? ¿Os son importunos mi amor y mi bendición, y me rehusaréis la mitad de vuestras lágrimas?

— La vista de los hombres me hace daño — dijo Tadeo con aire sombrío.

— Pero yo no soy hombre, yo soy padre — replicó el anciano cura tomándole la mano. — Mirad mis cabellos blancos, hijo mío; contad mis arrugas: los primeros han blanqueado, las otras se han formado menos por mis penas que por las de los otros. Tadeo mío, he sido joven y apasionado como vos; como vos he sentido que hay en este mundo cosas muy dulces y seductoras. Pero me ha hablado la voz de Dios, y entonces me he dicho: es corto el número de aquellos que prefieren la cruz de Cristo á las bendiciones de la familia, de aquellos que quieren guardar su corazón y sus manos libres, para llevar en ellas el peso de los dolores de los demás. Hay muchos hombres que viven para gozar y pocos que viven para consolar... ¡Seamos uno de aquellos...! ¡Me habréis dado bastante felicidad, oh Dios mío, si me permitís el traer un alma! ¡Ay, hijo mío, esta alma desearía tanto que fuese la vuestra!

Tadeo levantó en este momento sus ojos hacia el rostro del sacerdote; vió sus ojos llenos de lágrimas, y sintió que los suyos también se humedecían. Entonces tomó con suavidad la mano del sacerdote entre las suyas.

— ¿Por qué aborrecéis? ¿Por qué despreciáis? — dijo el sacerdote. — Aquí ha empezado vuestra falta, aquí también vuestro castigo.

— ¿Cómo no despreciar, no aborrecer á la prometida y al amigo que han hecho traición á mi fe, despedazado mi vida?

— Nadie tiene que culparse de verdadera traición hacia vos, sino sólo de enojosas apariencias, y de estas apariencias ha resultado el desastre que nos agobia hoy.

— Entonces no os comprendo; explicádmelo todo, os lo ruego — dijo Tadeo dejando caer su cabeza en sus manos.

— Será muy doloroso, pero muy fácil.

Y el anciano sacerdote refirió cuanto había pasado y saben ya nuestros lectores.

— En vuestro lugar — concluyó el sacerdote — recibió la mano de Alina, y fué vuestro nombre el que le dió.

— ¿Y después? — murmuró Tadeo.

— Después del almuerzo de boda, se fueron los rusos de allí sin haber hecho grandes daños, y en el mismo instante Witold se alejó de Glonki. «Como Alina puede pensar que está comprometida conmigo, dijo, por esta ceremonia del casamiento, quiero probarle, retirándome, que no me reconozco ningún derecho sobre su corazón y sobre su libertad. Además, como yo no me he fugado para cruzarme de brazos, voy á buscar inmediatamente á mis compañeros de armas.»

— ¿Así es que él se ha marchado? — preguntó Tadeo.

— En seguida, después de la ceremonia. Hemos sabido después que, combatiendo con una división poco numerosa, ha sido herido de bastante gravedad, y que sus amigos se lo han llevado más allá de la frontera prusiana.

— ¿Y Alina no le ha amado nunca? — preguntó Tadeo con inquietud.

— Alina prefería la muerte aun á la apariencia de este casamiento... Desde vuestra vuelta, cuando la habéis maldecido, ha estado en un estado que se desesperaba de su vida, y dudamos que sobreviviera al... al día de mañana. ¡Oh, mi pobre hijo, mi querido Tadeo! Por vuestra precipitación, por vuestra desconfianza se ha perdido todo. Si no hubierais condenado sin oír, hubierais visto que no se os había hecho traición, que Alina era siempre digna de poseer vuestro corazón y llevar vuestro nombre. Hubiera escrito á Varsovia ó hubiera ido yo mismo. Hubiera llegado á conocer el nombre y la residencia del desgraciado que se había atrevido á imitar tan desgraciadamente funciones temibles y sagradas; lo hubiera forzado á confesar su debilidad y su astucia. Además, hubiera sido fácil el probar que no existe en el convento de Lodz un P. Buenaventura de ese aspecto y de esa edad. De ese modo, al finalizar vuestro luto, Alina hubiera sido legítimamente vuestra esposa... ¡Mi desgraciado hijo, por vuestra culpa la habéis perdido!

Tadeo dejó caer su cabeza en sus manos, y se echó pesadamente en su silla.

— ¡Alina, perdóname! — exclamó. — ¡Te he ultrajado, te he desconocido! ¡Tú me habías conservado tu ternura, me habías reservado el porvenir, y

yo he roto todo, he destruido todo, porque he dudado de ti...! ¡Adiós nuestros hermosos días de paz! ¡Voy á dejarte el pesar y el luto, y para mí he escogido el cadalso!

— Acordaos — dijo el sacerdote — que vais al encuentro de vuestra madre.

Escuchadme, mi pobre hijo: no estabais criado para las luchas y los engaños del mundo, lo veis; os ha vencido un gran dolor. Por eso es por lo que Dios, que es un buen padre, no quiere dejar por más tiempo desterrado á su hijo; por esto os ha preparado aquí una tumba tranquila y dulce, y allá arriba una morada de paz, en donde os están ya abiertos los brazos de una madre para recibirlos y bendeciros. No podáis ser feliz aquí, porque en vos abrigabais la duda, y la duda es un huésped fatal que bambolea el techo bajo el cual se abriga. La vida os hubiera encontrado sin defensa, la felicidad os hubiera faltado, aun al lado de Alina... Sin embargo, la Providencia no os prohíbe el esperarla; solamente que os la ha preparado en otra parte: en esa morada misteriosa y bendita donde nunca ha entrado la duda, en donde el sufrimiento es desconocido, donde uno se encuentra y se purifica, donde se cree, donde se goza, donde se ama sin fin.

— ¡Ah! ¡Yo lo quisiera, padre mío! Pero, ¿qué sé yo? — respondió Tadeo moviendo la cabeza tristemente.

— Mi pobre hijo, dejad que vuestro corazón hable, domad vuestra inteligencia, no rechazéis el único rayo de sol que puede dorar las tinieblas del último instante... ¿Podéis creer que la muerte sea la última palabra de la vida? ¿Creéis que no habrá nada más allá después del cadalso...? Amigo mío, recordaos bien que el Evangelio no termina en el Calvario. Volved la hoja de la agonía, y tenéis la página de la resurrección.

— Sí, tal vez — dijo Tadeo. — Moriría gozoso si estuviera seguro que Alina vendrá á buscarme.

— Hijo mío, habéis visto caer á vuestra madre. ¿Qué os ha dicho muriendo?

— Me ha dicho... sí... creo recordar sus palabras... Me ha dicho, teniendo su mano levantada hacia el cielo: «Hijo mío, mira hacia arriba; allí está nuestra verdadera patria, y voy á ella... un poco antes que tú.»

— Tadeo, vuestra madre, ¿os ha mentado alguna vez durante toda su vida?

— ¿Ella? ¿Mentir? ¿Hubiera sido eso posible?

— ¿Con más razón os hubiera ella mentado al despedirse de vos? No, Tadeo; la muerte tiene sus misterios y también sus divinos privilegios. Abre una vida nueva, una vida desconocida, que algunas veces se entreabre algún pedazo del velo. Dios permite que las madres entren allí las primeras para atraer allí á sus hijos. Dios quiere que las madres la confiesen, que las madres la vean, esta vida eterna, y que la obtengan para sus hijos por la fuerza de su amor y por los méritos de su última hora... Sólo que la vuestra ha rogado tanto que no os ha esperado mucho tiempo.

— Puesto que habéis venido á buscarme hasta aquí, es que no me engaíais — dijo Tadeo al anciano sacerdote. — Habéis hecho bien en hablarme de mi madre: quiero morir como ella. Padre mío, dadme vuestra bendición.

Se arrodilló en un rincón y empezó su confesión. Al cabo de una hora, el cura salió y volvió, trayendo una luz, tinta y una pluma. Tadeo puso el papel en la silla, se arrodilló en el suelo de su calabozo, y escribió estas pocas palabras á Alina:

«Alina, has hecho una buena obra enviándome tu perdón; me va á ayudar para morir bien. Mañana, á esta hora, no quedará de mí más que un cuerpo sin calor y sin vida; pero viviré en otra parte y te amaré en todas... Has sido siempre más animosa y más paciente que yo; pruébalo ahora. Acuérdate de mí sin amargura; guárdame en tu corazón y vive aun cuando me hayas llorado. Únicamente deja que te pida un favor: perdóname una debilidad que me seguirá aún más allá de mi tumba. A los ojos del mundo llevas mi nombre, Alina mía; no lo cambies jamás, sé eternamente mi viuda... Entonces, un día vendrás á mí sin sonrojarte, te reconoceré por mía, y celebraremos nuestros esponsales allá arriba.»

TADEO.

— También tengo que enviar un mensaje á Witold — dijo el joven dejando de escribir. — Pero, ¿cómo se lo enviaré? Ignoro en dónde está.

— Yo me informaré, y si es preciso, yo mismo iré — respondió el cura de Mlynck.

— Os doy gracias sinceramente, me hacéis morir en paz — dijo Tadeo.

Escribió aún algunas líneas y se las entregó al cura.

— Ahora os voy á decir adiós, padre mío, porque es tiempo de dormir, ¿no es así?

— Me diréis adiós mañana — respondió el cura.

— ¿Cómo, no me vais á dejar?

— He venido para quedarme hasta... ¡hasta mañana! — dijo el sacerdote prorrumpiendo en llanto.

— Gracias, mi buen padre, mi consolador. Ahora estoy más tranquilo y voy á descansar bien.

Entonces el joven condenado se extendió sobre su cama, y el anciano sacerdote á su lado pasó la noche en oración.

Esta misma noche, en una plaza de Suwalki, levantaron apresuradamente un cadalso. A eso de las siete, al amanecer, las tropas rusas lo rodearon, conteniendo detrás de ellas á la muchedumbre silenciosa y conmovida. Una espesa niebla escondía el cielo, velaba la tierra y sólo empezaba á disiparse, cuando trajeron al condenado.

Cuando apareció, se oyó en la muchedumbre un murmullo de enternecimiento y ahogados sollozos. ¡Era tan joven, tan pálido y tan hermoso! En cuanto á él, marchaba con paso firme, y nada en su aspecto dejaba ver el terror; pero nada tampoco anunciaba el entusiasmo ó la jactancia. La cabeza alta, pero los ojos bajos, sonreía al anciano sacerdote que le hablaba andando.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Disposición de un molino de viento para elevar agua. — Vamos á determinar las dimensiones y la forma que han de tener estos motores cuando se aplican á mover una bomba con aquel objeto.

Prescriben los autores, que se coloque el eje del molino con una inclinación de 15° sobre el horizonte; pero esta circunstancia no puede observarse cuando se destinan los molinos á elevar agua; es preciso, pues, establecer el eje horizontalmente montado sobre un fuerte anillo plano; á un extremo se implantan las cuatro aspas del molino, y al otro un disco de chapa con un botón, el cual hace las veces de manubrio al dar vueltas al eje. De este botón pende la varilla que al subir y bajar mueve la bomba y extrae el agua.

Esta varilla es un largo listón con sus conteras de hierro, provisto de articulaciones universales, para que, aunque gire su punto de suspensión, no sufra torsiones de ningún género. Semejante precaución es indispensable de todo punto, puesto que el molino se orienta por sí mismo y se coloca frente al aire, según varía éste; y así, dando vueltas retorcería la varilla rompiéndola algunas veces y siempre entorpeciendo el movimiento hasta pararlo.

A fin de orientar el molino, sale del anillo plano, que hemos citado, un amplio timón hecho con chapa de hierro de 50 centímetros de ancho por un metro de largo, el que, azotado por el viento, se colocará siempre en su dirección. Ahora bien, si este timón se sitúa del lado opuesto al eje de las aspas, es claro que éstas se hallarán frente al aire para recoger mejor su fuerza. El anillo plano descansa sobre pequeños rodillos con sus cajas correspondientes sobre otro anillo fijo al castillete que sustenta todo el aparato. Este castillete se debe hacer de madera, combinando pies derechos, carreteras y riostras ensambladas de manera que resulte un conjunto sólido y elegante al mismo tiempo.

La longitud de las aspas puede ser de 10 metros cuando se desee instalar un molino de mucha fuerza, pero puede reducirse á la mitad para mover una pequeña bomba; es decir, donde se desee regar un jardín de media fanega de tierra ó poco más. Las aspas constituyen una especie de emparrillado y deben construirse de madera, así como el eje conviene que sea de hierro forjado, con cuatro manguetas donde se enchufen las espigas de las aspas.

El emparrillado debe hacerse con cierto esmero, ateniéndose á las reglas siguientes: la longitud total del aspa (que, según hemos propuesto, será de cinco metros) se dividirá en seis partes iguales; en las divisiones 2, 3, 4, 5 y 6, se colocan barrotes de madera atravesada, de modo que quede tanto á un lado como á otro, siendo de una longitud igual á $\frac{1}{6}$ ó $\frac{1}{4}$ del largo del aspa; á dos tercios de la división núm. 2, se coloca otro barrote, que será el primero de todos. Veamos ahora la inclinación con que deben fijarse estos barrotes, para que se utilice mejor la acción del viento. El primero, segundo y tercero, formarán con el eje, donde se implantan las aspas, un ángulo de 72°; el cuarto un ángulo con el mismo, de 74°; el quinto de 77° y el sexto de 83; formando así todo el emparrillado una superficie alabeada que conviene cerrar más con otros barrotes intercalados, pero no mucho, puesto que si se quiere aumentar la resistencia al viento, conviene mejor extender lienzos sobre las aspas, y así, cuando en los grandes huracanes se desee parar el artefacto, bastará quitar el lienzo; y si el emparrillado está

claro, cesará mejor el movimiento del molino. Por fin, dos largueros, también de madera, recogerán los extremos de los barrotes.

El ingeniero inglés Smeaton, propone ventajosamente prolongar el aspa por un lado, hasta que el sexto barrote sea igual á un tercio de la longitud del aspa, aumentándose los demás, en disminución, hasta el primero, que debe ser de la longitud antes marcada.

Cada dos aspas opuestas se dispondrán simétricamente en la forma y en el alabeamiento.

Conviene montar el aparato con toda precisión; la madera será de haya, fresno, ú otra que sea resistente y elástica; el peso de todas las partes del aparato será igual para las piezas simétricas; el peso del timón será también igual al de las aspas, para que todo el mecanismo esté en equilibrio; el soporte que sostenga el eje, ha de estar bien dispuesto, con sus cojinetes de bronce, hecho á la mayor perfección posible, con su buen aceitero y siempre con grasa para que funcione libremente.

Haciendo todo con ingenio y esmero, se puede lograr un motor sencillo y económico que en un par de horas de buen viento llene de agua, sin gasto alguno, el depósito ó estanque de la fábrica ó huerta.

El inconveniente de estos molinos, respecto de los que se construyen á propósito para el caso, algunos fabricantes, consiste en que un huracán violento puede destrozar las aspas, y en los especiales, ellos mismos se recogen cuando sobreviene este peligro, evitando cualquier contratiempo. Por ello, tratándose del molino de viento, al menor indicio de huracán deben quitarse las velas ó lienzos que cubran las aspas, y, si se puede, desenchufarlas de las manguetas del eje, previniéndose de este modo contra tal accidente.

Higrómetros.— Para reconocer las circunstancias variables de la atmósfera, hay varios aparatos; así, el termómetro sirve para medir la temperatura, el barómetro para apreciar la presión del aire (cada vez menor, cuanto más se asciende, ó cuanto más limpia esté la atmósfera), y el higrómetro para conocer el grado de humedad que tiene el ambiente, de cuyo aparato nos vamos á ocupar en breves líneas.

El principio característico de los higrómetros consiste en la alteración física que sufren ciertas materias, por causa de la humedad, y fundado en él, existen multitud de aparatos, muchos de ellos de verdadera física recreativa, de que nos ocuparemos después muy ligeramente.

En cambio vamos á detallar el más científico de todos ellos y que constituye una verdadera conquista de la física moderna. M. Soussure, su inventor, utilizó la condición que tiene el cabello de alargarse sensiblemente con la humedad. Para dis-

poner el aparato se toma un cabello y se limpia bien, lavándole en caliente, sumergido en una lejía de sosa ó potasa, á fin de que se pierda por completo la grasa propia de esta materia; después se le suspende de un punto fijo y al otro extremo se cuelga una pesita. A fin de marcar las contracciones ó alargamientos del cabello, se le da una vuelta á cualquier polea móvil, pero sujeta á un eje fijo, de manera que los movimientos del cabello la hagan girar en un sentido ó en otro, según se dilate ó se encoja aquél; ahora bien, si á la polea fijamos la mano de un reloj, ésta con sus movimientos marcará el grado de humedad.

Para graduar el aparato se coloca bajo una campana con agua, de modo que el aire encerrado en ella se sature perfectamente de vapor de agua, y el sitio que señale la mano ó aguja, se marcará con el número 100°, que indica el máximo de saturación; después se quita el agua, y en su lugar se coloca cloruro de calcio, que tiene la propiedad de absorber totalmente la humedad, y el sitio que marque entonces la aguja se señalará con el cero grados. Hecho esto, la porción de arco comprendida entre ambas señales se dividirá en diez partes, de las que cada una comprenderá naturalmente diez grados de humedad.

Si todo esto se ajusta á una tablita metálica suspendida verticalmente, se logra el aparato en cuestión, que, como se ve, es tan fácil de construir como exacto en sus indicaciones.

La física recreativa, para hacer estos aparatos-juguetes, se sirve de una cuerda de tripa, desprovista también, como hemos dicho, de toda idea de grasa; esta cuerda se fija por un extremo, y conocida la propiedad de destorcerse con la humedad, se logra que el otro extremo dé una parte de vuelta, moviendo por ejemplo, la capucha de un fraile que, al sobrevenir tiempo húmedo, se echa la capucha, y cuando el tiempo mejora, se cae atrás; otras veces el aparato consiste en un centinela que sale ó entra en su garita, según hay sequedad ó se aproximan las lluvias; otras, es un paraguas que, oculto dentro de una casa simulada, sale, colocándose sobre la figura que le lleva al hombro, ó se oculta, y así por el estilo hay multitud de caprichos fundados en el mismo principio. La cuerda de tripa ha de ser gruesa como de un par de milímetros, y corta como de unos cuatro ó cinco, medidos entre el objeto que ha de mover y el punto en que se fija. Desde luego que estos objetos serán muy ligeros, como de papel ó cartulina delgada, para que se muevan sin dificultades y no pesen mucho sobre la débil cuerda que los sostiene.

Contadores de la velocidad de los trenes.— La marcha de los trenes está sujeta siempre á un itinerario fijo que, bajo ningún concepto, puede alterar ningún empleado de una línea férrea, pues que ni es

posible salir antes de la hora reglamentaria de cada estación, ni tampoco pueden llegar antes de unos pocos minutos, que se reducen bastante tratándose de trenes de viajeros. Así, pues, los maquinistas no pueden ganar en marcha de una estación á otra más que un pequeño tiempo prudencial que nunca compromete la seguridad del tren. Pero si el servicio del movimiento no está bien montado ó no se vigila suficientemente el personal, puede ocurrir que los tres agentes del tren, á saber: el conductor, el maquinista y cualquier jefe de estación, se pongan de acuerdo y se entretengan durante la parada en la confianza de ganar el tiempo perdido en el trayecto inmediato; entonces suelen ocurrir descarrilamientos de fatales consecuencias.

Para evitar este falseamiento de los itinerarios se han discurrido muchos medios; lo primero es vigilar la marcha de los trenes por medio de inspectores celosos del cumplimiento de su deber, que den parte de cualquier irregularidad de este género sin consideración alguna, debiendo considerar éstas como faltas muy graves, para que sean motivo de severos castigos. Pero esto no basta, pues la temeridad de los agentes puede ser tal, que, menospreciando tales correctivos en un día dado, falten á consignas y reglamentos, y en cinco minutos, por ejemplo, quieran recorrer un trayecto para el que tiene previsto su itinerario diez, aprovechando, como en el suceso que deploramos, la bajada de una pendiente; en tal caso, no hay más remedio que emplear los contadores de velocidad aplicándolos á un par de ruedas de cualquier vehículo del tren.

El objeto de estos aparatos consiste en medir el número de vueltas que da el eje en un tiempo determinado.

Como modelo notable de tales contadores, podemos citar el inventado por el ingeniero italiano señor Luis Ponget. Con este aparato, el ingeniero-jefe de la tracción de una línea férrea conoce desde luego en qué trayecto el maquinista forzó la locomotora más allá del límite tolerado.

El invento de que se trata, consiste en un mecanismo capaz de adaptarse á cualquier locomotora, de modo que tomando de uno de los ejes su movimiento, y combinando varios engranajes, resulta que sobre una tira de papel quedan impresos todos los accidentes de la marcha en tiempos determinados, apreciando, por ejemplo, dónde y cuánto paró la máquina, si retrocedió ó no, y á qué velocidad lo hizo, y por fin, cuantos datos sean precisos para conocer en sus mayores detalles cuanto se hizo con la máquina desde que salió del depósito, sin más que echar á andar un movimiento de relojería que se halla en combinación con el aparato que nos ocupa.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5

R
O
UGU
MEUEM
SOMEMOS
OPSOMOSPO
LROPSOSPORL
SALROPSORLAS
NASALROPORLASAN
MINASALRORLASANIM
SAMINASALRLASANIMAS
EBSAMINASALASANIMASBE
DNEBSAMINASASANIMASBEND
TIDNEBSAMINASANIMASBENDIT
SATIDNEBSAMINANIMASBENDITAS
UQSATIDNEBSAMINIMASBENDITASQU
EEUQSATIDNEBSAMIMASBENDITASQUEE
ENEEUQSATIDNEBSAMASBENDITASQUEENE
PLENEEUQSATIDNEBSASBENDITASQUEENELP
RUPLNEEUQSATIDNEBSBENDITASQUEENELPUR
AGRUPLNEEUQSATIDNEBENDITASQUEENELPURGA
OTAGRUPLNEEUQSATIDNENDITASQUEENELPURGATO
IROTAGRUPLNEEUQSATIDNDITASQUEENELPURGATORIO
EOIROTAGRUPLNEEUQSATIDITASQUEENELPURGATORIOE
TSEOIROTAGRUPLNEEUQSATITASQUEENELPURGATORIOEST
NATSEOIROTAGRUPLNEEUQSATASQUEENELPURGATORIOESTAN

ROGUEMOS POR LAS ÁNIMAS BENDITAS QUE EN EL PURGATORIO ESTÁN. Escritas las letras que forman esta leyenda, en la forma que arriba se presenta, puede leerse de 2.579.808.294.648 modos diferentes. Si este número representase granos de trigo, componiendo 20.900 granos un litro, harían 1.289.904 hectolitros; para colocarlo se necesitaría un depósito rectangular de 101,°064 de longitud, 50,°532 de latitud y 25,°266 de altura. Los mayores templos no tienen expedita una capacidad tan grande.

Un suscriptor á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.